

Auxi Barrios

Alhucema



**PREMIO RAMÓN J. SENDER
2001**

Primera edición electrónica: ©Auxi Barrios
Madrid, 13 de abril de 2020

Primera edición impresa: @Facultad de Filología
Ediciones Universidad Complutense
Madrid, 2002

ISBN: 84-699-7365-7

DEPÓSITO LEGAL. M-10089-2002

Imagen de la portada: Salvador Paz García

Prólogo

Escribo el prólogo a la versión electrónica de *Allucema* veinte años después de haberlo escrito. En tercero de carrera escribí mi primera novela, y el resultado fue tan malo que ni lo conservo, pero me sirvió mucho para aprender cómo no escribir una novela: necesitaba tiempo (escribí algo de casi doscientas páginas en dos agotadoras semanas) y un argumento (influida por Paco Umbral me había aventurado a escribir de todo y de nada, como si una novela pudiera permitirse el lujo de no tener un hilo argumental).

Durante un año anduve a la caza de un argumento hasta que un día, ya en cuarto de carrera, una conocida me contó que su madre había vivido en Cuba. «Seguro que tiene algunas historias interesantes que contarte». La madre de Elena me impresionó un montón, tenía más de ochenta años y más que regalarme la historia de algún personaje se me ofreció ella misma como un auténtico personaje. De hecho, cuando describo a Amalia, describo buena parte de sus gestos. Pasamos un rato muy agradable, y ya cuando me marchaba, de pie, en la puerta de su casa, me contó algo que se me quedó dentro. Fue una anécdota personal vivida en la guerra civil y narrada en dos minutos. Aquello me impresionó mucho y empezó a crecer en mi interior. Decidí que iba a investigar un poco acerca de la guerra civil española.

Recuerdo aquel año como muy especial. Tuve que hacer pellas y faltar a clase por la tarde durante un par de meses para poder investigar primero y después escribir. Dedicué un mes a leer en la hemeroteca del Centro Cultural Conde Duque de Madrid: allí encontré varios periódicos de la época. Estuve leyendo algunos de ellos hasta que un día encontré una versión del ABC que me fascinó: era una publicación facsímil en la que se podía leer simultáneamente lo que se publicó el mismo día en el ABC de Sevilla y en el ABC de Madrid. Si no recuerdo mal, al abrirlo, en cualquier página podías ver las noticias del bando nacional a un lado y las del republicano al otro. Me impresionó mucho leer lo que iba ocurriendo en uno y otro lado. Tomé nota de mil noticias, se me quedaron grabadas las imágenes de las fotos de milicianas en pantalones y de mujeres del sur de España con faldas y chaquetas de punto. Contrasté el distinto estilo comunicativo de uno y otro periódico, me empapé del estilo literario de ambos y luego empecé a escribir.

Cuatro años después de haberla terminado presenté el manuscrito a un concurso literario, el premio de narrativa breve *Ramón J. Sender*. Para mi sorpresa lo gané. Era el año 2000. El año siguiente se publicó (formaba parte del premio su publicación) y formé parte del jurado del concurso siguiente. Me gustó mucho ver que todo fue objetivo y justo, había un absoluto

anonimato acerca de la autoría y se tenían en cuenta solo cuestiones literarias (es un premio de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid).

Las páginas que siguen corresponden a la versión impresa de aquella publicación a la que he añadido este prólogo. Además he recuperado un epílogo que estaba en el manuscrito original, pero que no apareció en la versión impresa, y el guion que preparé para la entrega del premio, en el que contaba algunos detalles de la anécdota que inspiró todo.

Agradezco a la Facultad de Filología que siga convocando este concurso gracias al cual, estoy segura, siguen aflorando escritores vocacionales.

Auxi Barrios, 12 de abril de 2020

Al lector

Hace mil años, mil – es ya una historia de otro milenio –, hubo en España una guerra. Mi abuelo la vivió en su infancia y tiene algún recuerdo, pero yo apenas sé qué fue. Hasta hace poco me hastiaba que un tema tan manido siguiera siendo material artístico, como si no hubiese más cosas de las que hablar. Pero un buen día me contaron una anécdota de aquella guerra, y me impresionó tanto que se me quedó dentro. Me parecía que era sólo mía, me invadió y creció, afloró a la pluma y se convirtió en algo vivo e independiente de mí. Y cuando estaba a punto de emanciparse, cuando redactaba las últimas páginas, encontré la noticia en un periódico de la época.

“Hallazgo de informes para los rojos en una valija consular procedente de San Sebastián”. (ABC, Doble diario de la guerra civil, fascículo 73, p.44)

Queden estas letras como testimonio de unos acontecimientos que ocurrieron en la realidad, y que conservan su capacidad de hechizar y de pervivir en unos personajes soñados.

Auxi Barrios

Madrid, 31 de enero de 2000

Dos años sin verte, y aún me recuerdas como si fuera ayer. Aunque yo ya no soy la que tú soñabas. Hoy ya no sé quién soy, mañana no seré nada. Mañana... me espera el paredón. Aunque no me voy a dejar, no, no me dejaré. Cuando ellos alcen los mentones y se les nuble la vista con el acero, antes de que aprieten el gatillo, huiré. Me aferraré a los ladrillos, intentaré volar, tal vez consiga caer entre los cadáveres antes de que suene mi disparo, tal vez... Pero por si acaso algo falla, por si se me derriten las alas, como siempre me decías, por si me espera otro cielo distinto del que imagino, gracias, por lo que me has querido, y por haberme ayudado a creer en el amor.

Así concluía la carta que tenía Silvia en sus manos, cogida por las puntas, sin atreverse a tocarla mucho, un pliego amarillo y lacio en el que aún latía demasiada vida. Cuando la encontró, aún sin leerla, pensó que podría ser una bonita carta de amor. Algo sabía del destinatario, mi querido Adrián, y aunque no conocía a la remitente, no dudó de que era una persona muy allegada, quizás un amor de su juventud. Conmovida por esa tierna suposición, abrió la carta como quien abre una caja de música y la dejó sonar, mientras la leía en voz alta, declamando como si de un poema se tratase, al calor de su sentimiento. Subrayaba con el dedo índice, haciendo eses sobre la cuartilla. Rozaba cada línea con veneración, para volver sobre sus pasos cuando llegaba al filo derecho, y de ahí al izquierdo, y de nuevo al derecho, ese canto fino en el que algunas palabras se precipitaban con ansiedad, sin terminar de perfilarse, sin dejar apenas un guion esbozado, como una excusa de buena ortografía antes de separarse por la mitad. Nada ni nadie interrumpió el vaivén de su dedo sobre la cuartilla, acelerado en algunos momentos, pausado y grave en otros.

Aquella carta era la última de una ingente correspondencia escrita durante la guerra, en un momento de separación forzosa. La primera de todas la encontró por casualidad. Le llegó la noticia del fallecimiento de su tío Enrique y, unos días después le llamó por teléfono la hermana del difunto. No es que Silvia tuviera mucho trato con ninguno de esos tíos, más bien poco, porque eran tíos abuelos, pero había pasado los veranos de su infancia en su pueblo, Alhucema, un pequeño rincón del sur de Andalucía. El pueblo olía a espliego fresco en su memoria, brillaban los arriates de jazmines, chirriaban al sol las calles encaladas, pero de su tía no recordaba nada, ni su rostro, ni su olor, ni su voz, no era más que una sombra adherida a la silueta blanca del pueblo en el horizonte de sus recuerdos, era el esbozo del silencio. Al tío Enrique, sin embargo, lo recordaba bien, chispeante, alegre y divertido. Vivía sobre una silla de ruedas, y era de tez muy clara, como transparente, con una aureola de canas alrededor de las orejas, «son alas» le decía a veces su padre, «las alas de tío Enrique, que es un ángel motorizado». Del tercer hermano, Adrián, no sabía nada. No era extraño, pues era el único que había hecho su vida fuera de Alhucema.

La tía Amalia le comunicó que recibiría pronto un paquete. Se trataba de un libro de cuentos que solía leerle Enrique cuando ella era pequeña. Le había hecho ese encargo antes de morir con un añadido, «dile que venga un día y se lleve los libros que quiera de la biblioteca». Silvia sonrió recordando las horas que había pasado en aquel salón añejo y sus primeros escarceos con la literatura, entre aquellos libros que coleccionaba su tío.

Días después, cuando le llegó el libro de cuentos, se sorprendió. Lo recordaba de pasta verde, envejecido, roto por el lomo, y se encontró con un libro de color vino que parecía nuevo, encuadernado con mucho detalle. Acarició el tejuelo, y lo abrió, soltando las hojas una a una, como quien baraja una serie de naipes. Gulliver seguía rodeado de gigantes, el lobo se estaba comiendo a la abuela y el flautista afinaba su flauta. Todos seguían igual y al mismo tiempo distintos, más pequeños, con menos magia. Le llegó un aroma intenso, mezcla de olor a lavanda y celulosa añeja. Se extrañó al ver las guardas un poco abultadas. Había una ramita de espliego aplastada bajo una de ellas. En las esquinas del papel se transparentaba un resto macilento, como si la goma arábiga quisiese dejar constancia de su presencia. Entonces recordó que Adrián había restaurado todos los libros de Enrique, según le había contado Amalia.

Una de las esquinas estaba levemente despegada y la levantó con la uña. Crujía como si dentro albergase un lecho de papel pinocho. Le empezó a latir el corazón a medida que lo fue despegando, y se le aceleró cuando vio asomar un papel fino de color sepia, un sobre con el

remite a la vista, escrito con letra puntiaguda, cuidada, antigua. Sacó el sobre. Le temblaba la mano. Se sentía como quien profana algo que pertenece a la intimidad de otro. No tuvo que rasgarlo porque ya estaba abierto. Se dio cuenta entonces, tan nerviosa estaba, de que se le había olvidado leer el nombre del remitente, *Adrián González, calle Barquillo, n° 20, Madrid*. La fecha del matasellos era del 20 de Septiembre de 1936. El destinatario no se entendía bien. Un nombre simple, sin apellidos, que empezaba por una A, y una calle de Alhucema que desconocía.

Sacó la carta doblada en cuatro y la leyó.

Alhucema, 20 de Septiembre de 1938

Querido Adrián:

Seguimos igual. Espero que por ahí todo vaya bien. Las noticias que llegan son alarmantes, ¡esta prensa partidista pretende engañarnos! Por suerte el ferroviario me sigue haciendo llegar vuestra prensa y me entero de la verdad. Ya veo que es cierto que pasáis hambre.

Esta vez te mando noticias más interesantes. En la lista del banco tienes los datos de dos peces gordos. Por aquí algunos están aprovechando para incrementar las arcas de sus negocios, sobre todos los que comercian con telas, porque no paran de confeccionar uniformes militares. Los datos de M. D., como verás, son óptimos. Engaña a la gente diciendo que le han subido los costes del algodón y de la lana de los calcetines. Dicen que aún sigue usando materias primas de una remesa que compró hace tres años. Todo son beneficios, ya lo verás. D.G. hace lo mismo con su comercio de ultramarinos. ¡Mejor para nosotros!

Espero veros pronto. A veces me desespero oyendo todas las noches a los generales diciendo fanfarronadas por la radio para animar a los decaídos. Me siento un poco sola pero por ahora me defiendo. Espero noticias. ¡Viva la República! ¡Viva el Frente Popular!

Al principio no reaccionó. Leyó la carta una segunda vez, luego una tercera y antes de terminarla descolgó el teléfono y concertó un viaje a Alhucema. Siempre había querido volver, recordar escenas de su infancia, encontrar sus raíces, recuperar la fascinación de las lecturas de la biblioteca, pero ahora le empujaba, sobre todo, ese hallazgo. ¿Habría más cartas en otros libros? ¿Tendrían más datos? ¿Qué habría estado ocurriendo allí durante la guerra?

Alhucema resultó ser algo diferente al pueblo de sus recuerdos. Más pequeño, igual de blanco, más tranquilo, menos emocionante. Al repique de la aldaba salió a la puerta de la casa de Amalia una mujer regordeta, de avanzada edad, ojos vivos y las canas teñidas de negro.

– ¿Es usted la señorita Silvia?

– Sí, sí. ¿Amalia?

– Pasa, mujer, pasa, si te está esperando. ¡Señoraaa...!

Amalia salía al zaguán de la casa en ese momento y se acercó a Silvia. Se miraron las dos en silencio, Amalia erguida, con el cabello de un tono uniforme ceniciento y ojos grises de acero, Silvia empequeñecida de timidez. Después de mirar a Silvia de arriba a abajo, su tía, sin mediar más palabra que un escueto saludo y un beso, se dirigió a la señora rechoncha:

– Llémosla al salón.

Recorrieron la casa calladas. Silvia, detrás de ellas como un perro al que tiran del collar, miraba incómoda por las ventanas, buscando una posible salida de emergencia. La casa era enorme, organizada alrededor de un patio blanco cuajado de helechos, hierbabuena, geranios y una palmera. Le pareció que el salón estaba lejísimo. Amalia se detuvo junto a una mesa camilla, y la invitó a sentarse allí. Se excusó pues tenía que ausentarse un instante, y mientras ella salía del comedor, la mujer regordeta se apoyó sobre el quicio de la puerta. La miraba plácida sobre sus brazos cruzados, sosteniendo una voluminosa tripa que subía y bajaba al ritmo de su jadeo.

– ¡Qué linda eres, hija! ¡Lo mismito que tu padre, vamos, que me parece que lo estoy viendo ahí, en ese mismo sillón, con las manos puestas como tú las tienes ahora, igualito! ¿Tú no te acuerdas de mí?

– Lo siento, pero creo que no.

– Oy, oy, pero si es que hablas igualito, hasta en el hablar, su viva imagen, vamos. Yo soy la Matilde, la del Paco, bueno, aquí en el pueblo somos los pacorros de toda la vida.

Se rieron las dos mirándose con complicidad.

– ¡No sabes lo que fue esta casa! ¡Quién la ha visto y quién la ve! Parecía la casa de tócame Roque. Qué de gente se juntaba aquí, la flor y nata del pueblo, desde el teniente alcalde al

gobernador, todos a tomar el anisito con tu tío, porque el pobre Enrique era paralítico, pero no de nacimiento, no. Dicen que fue la polio, yo no sé, el caso es que en un avemaría se quedó en la silla para siempre, con sólo doce años, ¡ay, mi niño! ¡Qué lastima, por Dios! Total, que la maestra del pueblo, le animó a leer y ahí encontró el niño una afición que le vino muy bien, para él mismo y para trabar amistades. Era un hombre muy querido por todos. Empezó con la literatura por divertirse, y terminó haciendo negocio, porque puso una librería de esas de libros usados, librería de viejos o de viejo, o algo así.

– De viejo, sí.

– A lo que iba, que él consiguió salir adelante en la vida honradamente y con holgura. Todo lo contrario que Adrián. No sé si lo conoces. Le quiero mucho, líbreme el cielo de decir yo nada malo de él, es un corazón con patas, pero desde que nació fue un cafre, el chiquillo. No es que fuera mala persona pero siempre estaba en las musarañas, distraído, en Babia. Suspendía todos los exámenes sin que fuera el bobo de Coria, precisamente, porque inteligente era un rato. «¡Niño, estudia!», le decía su madre, y nada, él siempre con la cabeza a pájaros. Su padre no le decía nada, pero se ponía como un basilisco y, de vez en cuando, sacaba el cinturón y le daba en el trasero, ya sabe usted los métodos de antes, y el niño, que tenía más orgullo que don Rodrigo en la horca, seguía igual. Mi madre siempre decía que ese niño iba a acabar de cómico de la legua, y acertó.

Matilde hablaba por los codos y, como Amalia no volvía, siguió contando historias. A los padres les empezó a preocupar Adrián desde que cumplió los ocho años porque por entonces ya dijo que quería ser actor. Fue el día de su primera comunión. Tras la fiesta con los amigos, le obsequiaron con una entretenida película y aquella noche no durmió. Le habían notado excitado a la salida del cine, cuando por el camino rompió una rama de un árbol cercano y se puso a imitar los andares de Charlot. En aquel momento ese detalle les divirtió y por la noche, después de cenar, le hicieron repetir los gestos al calor de la chimenea. Pero a la mañana siguiente su madre lo encontró recostado en el sofá del salón con una chistera de papel de periódico sobre la cabeza y una cáscara de naranja convertida en pajarita, adormilado junto a los rescoldos grises de las cenizas. Le temblaban los labios con un movimiento parpadeante del labio superior sobre el inferior, y musitaba frases incoherentes. La madre le despertó pensando que serían pesadillas, pero el chico no estaba bien, y desde aquel día empezó a darles problemas.

Unos meses más tarde llegó a Alhucema una compañía de teatro, y representaron una comedia en un local junto a la plaza. En el segundo acto la protagonista sufrió un desmayo mientras cantaba una canción popular, pero los músicos no se dieron cuenta y siguieron tocando. Curiosamente alguien seguía cantando sin perder un tono ni una letra de la canción. La gente buscaba con la mirada pero no había ninguna otra actriz en el escenario, sólo la protagonista que, sentada, se abanicaba luchando contra su mareo. Por fin, después de unos segundos de desconcierto, pudieron ver a la cantante. Se trataba de la hija de la misma actriz, que de tanto oír ensayar a su madre, se había aprendido la canción y la cantaba desde el suelo, donde estaba jugando distraída con una muñeca. La niña tenía seis años y se llamaba Teresa.

– Aquello era lo que le faltaba al niño para que diera el motete con que quería ser actor y viajar de pueblo en pueblo. Su madre se ponía de los nervios pero se moderaba y sólo le decía pausadamente: «hijo calla, por favor», porque no quería que su marido se enfadara más. Pero el señor Antonio no soportaba tener un hijo tan peculiar, se hartó y lo mandó interno a un colegio. Dicen que mientras le dejaba allí, le gritó: «¡La comedia ha terminado!». La madre lloraba sin consuelo, y yo sé que el hombre tuvo que hacer de tripas corazón, porque ya se sabe, perro ladrador, poco mordedor, pero el caso es que el niño allí se quedó.

Silvia notó como Matilde bajaba la voz. Llegaba Amalia y Matilde se despidió.

– Bueno, Silvia, hija, me voy a marchar, a ver si termino la colada. Hasta otro rato.

Amalia venía seria. No parecía tener mucho tiempo, por lo que, tras intercambiar unas palabras, Silvia le pidió que le condujese a la biblioteca. Era la última habitación de un largo pasillo y estaba sumida en una espesa penumbra. Oía a rancio. Amalia empezó a recorrer la habitación, lentamente, palmo a palmo, a la luz de un mechero.

– ¿Quieres un cigarrillo?

A Silvia le sorprendió. Ya se había dado cuenta de que Amalia, por su porte, no casaba con el tópico de abuela dulce y sumisa, y ahora veía que tampoco lo hacía por sus costumbres. Le dio las gracias y lo aceptó. Mientras le acercaba el paquete y encendía su pitillo en silencio,

observó a la anciana. En la oscuridad, el resplandor del mechero y las ascuas del cigarrillo ofrecían su perfil rojizo augusto como el de una reina en su moneda. Tenía los labios finos, nariz aguileña, pestañas cortas y cejas perfiladas en recto. Fumaba lentamente, sin separar el cigarrillo de los labios, mientras seguía avanzando hacia las rendijas del balcón. Se movía con seguridad, como si fuera su propio aposento. Cuando por fin abrió la balconada, la luz inundó la estancia sacando brillo a cada mueble.

El salón era biblioteca y despacho a la vez. La librería se extendía a lo largo y ancho de dos paredes y estaba tan aprovechada que los libros apenas dejaban entrever los nombres de sus autores. Arracimados y pegados entre sí recogían historias y polvo de muchos años. En una rinconera, un reloj de pared denunciaba impasible el transcurrir del tiempo. En la diáfana pared de la derecha una fotografía atrajo su atención. Se trataba de un señor con la mirada perdida, una perilla algo desordenada y una inmensa calva. Vestía un gabán desaliñado, al que parecía sobrarle tres o cuatro tallas, una bufanda de rayas sobre los hombros caídos y, como complemento, un puro.

– Este es mi hermano Adrián. Vive en Madrid. Se fue cuando era muy joven, le pilló la guerra y se quedó allí. Por aquí viene a temporadas.

Silvia dio la última calada al cigarrillo, con parsimonia, mientras volvía a mirar la fotografía de la pared. A través del humo gris brillaba la mirada del hombre. Se quedó absorta, cautivada por esa imagen de visionario, como si esos ojos fuesen imán de sus propios pensamientos, como si ella fuera presa de un prestidigitador encerrado en un flas. Notó el vértigo de los volatines sobre la cuerda floja de un pensamiento extraño y desvió la mirada buscando un cenicero para aplastar el cigarro.

– Hay un cenicero en esa mesa – comentó Amalia mientras salía de la estancia. – Coge los libros que quieras y llévatelos. Ya le explicaré yo a Adrián.

Tardó muy poco en localizar cuáles eran los libros que albergaban cartas en su interior, en total unos veinte, y los apiló todos con intención de meterlos en una caja. Buscaba un pegamento, algo con lo que pudiera ocultar los pequeños desperfectos causados y abrió el cajón de la mesa, un cajón desordenado y sucio, lleno de cosas inútiles. Sacó un peine, una cuchilla de

afeitar, el tubo de una pasta de dientes seca y sin tapa, y siguió hurgando. Cuartillas amarillentas, un tintero, calendarios de distintos años, una hoja rasgada a mano con un número de teléfono, facturas, notificaciones bancarias a nombre de Adrián y algunos bolígrafos averiados o mordisqueados. Al fondo del cajón vio un bulto. Parecía un sobre. Cuando consiguió sacarlo se le rompió, tan ajado estaba, y salieron disparadas decenas de fotografías por el suelo. Algunas tenían los bordes recortados, como pétalos de una flor irregular, otros mostraban un canto liso y blanco, ligeramente levantado hacia arriba.

Recogió las abombadas imágenes y las examinó despacio, escudriñando entre las siluetas de tonos sepias. La mayoría representaban escenas de niños en distintos lugares. Reconoció la Giralda, la Catedral de Sevilla, la Virgen de los Reyes y una calle de Triana. Creyó encontrar cierto parecido con los rasgos de Adrián en uno de los chicos. Incluso le pareció distinguir el rostro inexpresivo de Amalia entre las espigadas niñas que aparecían en varios grupos. En todas las fotografías parecía estar viva la alegría de los jóvenes, retozando aquí o allá, excepto en tres o cuatro de ellas, en las que desaparecía el jolgorio porque no había ningún niño. Eran especialmente grises y prácticamente iguales. Una pared amplia que podía pertenecer tanto a una fábrica como al interior de un cuartel, con cinco ventanas altas, casi pegadas a los canalones y una extensión de tierra árida alrededor. En la última de ellas, la imagen de una desvencijada bicicleta tirada en el suelo, con las llantas arrancadas y los radios bailando en el aire, daba un matiz siniestro.

Aquella misma tarde, mientras Amalia estaba fuera, le preguntó a Matilde por aquellas fotografías.

– Ay, hija, ese cajón del despacho yo no lo he abierto nunca, porque las cosas del señorito ni tocar, que además ahí habrá de todo, como en botica. Pero enseña, enseña esas fotos, a ver.

Amalia le enseñó las fotografías.

– Pero si son todos los amigos de cuando eran chicos. ¡Anda, mira, los mellizos! Estos eran más mayores, eran amigos de Enrique. ¡Y el Rafa, el que llegó a oficial de los rojos! Este era Manolito, el mejor amigo de Adrián, y este el Chito, que se murió en la guerra, el pobre.

El paredón, le contó, pertenecía al colegio del pueblo. En tiempos de la guerra se había habilitado como prisión porque el cuartel quedó en mal estado, después de un incendio, y resultaba insuficiente para tanto recluso. Allí tuvieron lugar las ejecuciones que ensangrentaron la historia blanca de Alhucema. A Silvia le parecía mentira que el colegio del pueblo se hubiese convertido durante unos días en un matadero.

Al atardecer se acercó. El edificio estaba en ruinas, los ladrillos eran grises, las ventanas permanecían peladas sin ningún cristal, solo quedaba algún pico hiriente clavado en los marcos de madera. Se conservaba un cartel con un nombre, *Escuela Virgen del Rocío*.

El paredón daba al este. Al fondo un enorme bosque de eucaliptos cuajaba de paz el horizonte. Atardecía. A la luz del sol que se ocultaba le pareció ver cómo los ladrillos sangraban. Algunas manchas, ya negras, vestían de luto aquel rincón de muerte.

Cuando volvió a Madrid no avisó a nadie de su regreso. Se encerró en su habitación con los libros y leyó las cartas de un tirón. No le importó emborracharse de cifras y letras mientras buscaba con ansiedad datos que iluminasen la historia. Muchas de ellas eran simples notas manuscritas con claves que no entendía y documentos oficiales con sello de registro. Otras contenían datos bancarios. Había más de un remitente, y algunas eran cartas familiares en las que le contaban anécdotas pequeñas y cotidianas de Alhucema durante los meses que duró la guerra. Volvió a leer, releyó todo de nuevo, intentando escuchar al tiempo el eco de la voz de Matilde, recordar las historias que le había contado a la lumbre de los fogones de la cocina. Y así, poco a poco, se fue formando una idea personal, llena de nombres propios, de amigos y conocidos.

– En el pueblo pensaban que Adrián estaba loco, pero yo sé que no es así. Para mí que el señorito era un aventurero que nació para volar y le quisieron cortar las alas. También su madre se daba cuenta de que era un niño especial, a mí me lo decía a veces, y sufría por lo del colegio. Compartía su habitación con veinte chicos, se duchaban con agua fría, salían a pasear siempre en fila, de dos en dos. Su madre se arrepintió de haberlo llevado pero fue tarde. Después de llevar allí un montón de años, cuando cumplió los dieciocho, como no aguantaba más, se escapó. Y no a cualquier sitio, no. ¡Se fue de polizón a América, a México, sí señor! ¡Qué locura! No le descubrieron hasta que llegó allí y porque él se dio a conocer al preguntar por un pariente que tenía un cargo político, una de esas personas que había hecho dinero allí. Total, que al entrevistarse con ese tal Domínguez, cuando el hombre supo cómo había llegado el chico a México, lo mandó de regreso a España con viento fresco. Al pueblo no se atrevió a volver, no

pisó Alhucema por miedo a su padre, hasta después de mucho tiempo. Se asentó en Madrid y poco después estalló la guerra. Al principio, como no tenía dinero, vivió de la caridad. Comía en un comedor de pordioseros y una vez se lo encontró un paisano de Alhucema haciendo cola en una calle para que le dieran de comer. ¿Te creerás que le pidió que se callara para que no se enterara su familia? ¡Qué va! Él lo tenía claro, salga el sol por Antequera y póngase por donde quiera. Su apellido le daba igual. Total, que cuando llegó la noticia a oídos de sus padres, se armó la marimorena. Yo no sé bien qué pasó, porque la señora Amalia nunca me contó nada. Cuando alguna vez he intentado averiguar algo, ella ha guardado silencio, que es de las de al buen callar llaman Sancho. Pero yo sé que la madre del chico, desde entonces, empezó a acusar a su marido de ser el culpable de todo, por no haber aceptado ni comprendido nunca a su hijo. Lo cierto es que en esa familia las cosas nunca volvieron a ser como eran antes.

Adrián consiguió trabajo en el teatro *María Guerrero* dos meses después de su llegada a Madrid. El empresario le ofreció un puesto en la utilería y como ayudante de vestuario. Aceptó porque, aunque no le hacía mucha gracia encargarse del telón, tenía la esperanza de que, más adelante, le dejaran actuar en algún papel secundario.

La primera mañana tuvo mucho trabajo, pero a pesar de eso, consiguió mirar a los que estaban ensayando. Subido a la altura de las bambalinas seguía las órdenes de un técnico pero, sobre todo, estuvo atento a las indicaciones del director y se fue quedando con su cantinela, «con todo el cuerpo, tienes que decirlo con todo el cuerpo, olvídate de vestidos y escenografía, el decorado es tu cuerpo». Desde la altura a la que se encontraba Adrián, las graderías del público parecían inmensas fauces abiertas, negras y vacías, dispuestas a tragarse las voces de los actores.

A media mañana le mandaron ayudar al encargado del vestuario y empezó a repartir trajes por los camerinos. Cuando abrió el último se encontró a una chiquilla de unos dieciséis años, morena de pelo muy rizado y grandes ojos verdes. Estaba sentada frente al tocador, pintándose los labios. Adrián se vio a sí mismo en el espejo detrás de ella, su figura desgarbada, su pelo trigueño y tieso, sus manos grandes, sujetando con dificultad el vestido. A pesar de la distancia pudo ver el reflejo de su labio inferior temblando, el dichoso tic que le delataba desde pequeño. Se atropelló, quiso disculparse o decir «permiso», pero no fue capaz de hablar y de pensar a un tiempo. Dejó el vestido sobre la primera superficie que encontró, una silla desvencijada, y salió tropezando con unos cables mientras el traje se resbalaba y caía al suelo. Le ardían las orejas.

Aquella mañana no volvió a ver a la chica hasta que ella salió a escena. Aunque se ruborizaba cada vez que recordaba el ridículo que había hecho, no le quitó ojo. Tenía coraje y una bonita voz. Movía las manos como si bailara, unas manos finas, de uñas blancas y cuidadas, y el vestido parecía que se lo hubieran hecho a medida. Intentó buscar alguna excusa para hablar con ella, pero no se le ocurría nada. Le perdió la pista cuando terminó su actuación y no volvió a verla hasta la hora de comer.

El comedor no era muy amplio pero suficiente para una mesa barata de madera con bancos corridos a cada lado y un corto mantelillo de cuadros. Se sentó frente a la chica y saludó tímidamente con la cabeza. Ella no se dio por aludida. Apenas le vio, giró la cabeza hacia otro chico y comenzó a hablar con él. En ese momento una mujer entrada en años se sentó junto a Adrián y entablaron conversación. Las patatas guisadas estaban muy buenas y la señora se prodigaba en alabanzas. Empezaron a hablar de recetas, guisos, potajes y caldos, y Adrián contó las costumbres de su pueblo. Cuando le dijo que era de Alhucema, ella pegó un grito y se empezó a reír, levantando la voz, y repitiendo el nombre de su pueblo una y otra vez. La chica les miraba. A Adrián se le encendieron otra vez las orejas y el labio le empezó a palpar de nuevo. La mujer contó entonces una historia de una actuación en ese pueblo, años atrás.

– No me olvidaré jamás. Estaba en plena actuación y, de repente, me desmayé, sin más aviso. Perdí el sentido y cuando desperté me encontré con que mi hija estaba cantando. Fue, mi hija la que salvó la representación. Talento que tiene desde la cuna. Ahora, con dieciséis años, ya ves, es toda una actriz. Supongo que ya conoces a Teresa.

A Adrián se le atragantó la carne. Le sudaban las sienes y las manos. La chica levantó sus ojos verdes del plato con indiferencia. Adrián apuró el vino que le quedaba en la copa y se frotó las palmas de las manos contra la pana de su pantalón. Aquella noche no pegó ojo. Se había enamorado de Teresa, la niña prodigio que pasó por Alhucema y hechizó al pueblo cantando una tonadilla de aire popular.

– Me contó Adrián que al principio Teresa no le hacía mucho caso. El pobre veía como coqueteaba con todos los jóvenes de la compañía y se moría de celos. Había un actor, especialmente, con el que se ponía malo. Era joven, guapo, con una risa, de esas que se contagian, y el chico, además, se movía en el escenario con mucha gracia. Pero lo peor era que en el

escenario, representaba el papel de novio de Teresa. Vamos, que era un rival poco menos que imposible de eliminar. Pero te creerás tú que Adrián se iba a echar para atrás. Rabiaba tanto por dentro cuando veía que se acercaba a ella que, sin proponérselo, memorizaba durante los ensayos todos los movimientos del actor, sus palabras, sus gestos, lo tenía estudiadísimo. Por las noches, cuando se iba a acostar, delante del espejo repetía las escenas una y otra vez. Se detenía en el pasaje del «no me dejéis, mi dama, que por vos muero», veía a Teresa entre sus brazos y después de unas horas de ensayo se acostaba agotado.

Llegó el día del estreno del *El acero de Madrid*. Adrián hizo una apuesta y como la perdió, aquella noche se vistió con un traje de época para realizar su trabajo técnico cotidiano. Los compañeros le corearon con sus risas por la noche cuando, media hora antes de que se abriera el telón, apareció de capa y espada para dirigirse hacia las tramoyas. Más de uno le dio unas palmaditas en el hombro, «estabas deseando vestirme con cualquier excusa, ¿eh?». Adrián se reía con picardía. El calor que estaba pasando no le borraba el brillo de los ojos. Minutos después se avivó un revuelo entre los actores. El ayudante de dirección había encontrado al actor que representaba a Lisardo en los camerinos, sumido en una impetuosa tromba de Vodka. Adrián había conseguido emborracharlo. El director gritó con los nervios fuera de lugar y Adrián salió al paso. Dijo que se sabía la obra de memoria, que le dejaran asumir el papel. Se oyó un silencio helador que él mismo rompió recitando con pasión sus versos preferidos a la amada. El director le miró sorprendido, ensayaron durante los pocos minutos que quedaban, y salió a escena. Así fue como Lisardo consiguió, en un instante, que Adrián dejase de ser utilero y que la joven Teresa se enamorase de él.

– La chiquilla era así. Había mamado lo de actuar desde la cuna y no se enamoraba de los hombres sino de los personajes. Y si perdía el seso por ellos en escena, también lo hacía fuera de escena. No tenía los pies en la tierra. Y así fue como triunfó Adrián, pero la alegría sólo duró un mes porque el dieciocho de julio se declaró la guerra.

La guerra cambió la vida de todos, tanto a los de un lado como a los del otro. En Alhucema se desató virulenta, pues no en vano estaban relativamente cerca de Marruecos, pero terminó pronto, porque las tropas nacionales se hicieron con el pueblo en unos días. Una de las cartas que encontró era prolija en detalles.

Alhucema hoy está distinto y, al mismo tiempo, igual porque no hay muchos desperfectos y las casas siguen en pie, que ya es algo, pero ha sido horrible. Han muerto cinco personas en tres días y parece que han sido tres años, ¡qué intensidad! Ojalá esto acabe pronto. Apenas quedan hombres, se han ido al frente y el pobre Enrique, en su silla, se siente inútil. El ambiente está triste y raro.

Hemos empezado a coser. Nos reunimos en casa de Angelita y confeccionamos ropa de soldado. Por ahora esas reuniones son el único momento del día en que lo pasamos bien. Cada una cuenta de lo que se ha enterado y luego, las que tienen novio, le escriben. Yo escribí a Pepe ya un par de veces pero no he recibido contestación. Si te digo la verdad, estoy inquieta. No sé si a Pepe le han cambiado de destino o si es que quizás han interceptado las cartas, pero cuando llega la noche, no duermo bien pensando si le habrá sucedido algo malo. Mamá está bien. Tú cuídate.

¡Así que era Amalia! Nunca hubiera pensado que una persona tan reservada y con esa apariencia tan fría, pudiera tener sentimientos. ¿Cómo le habría cambiado tanto el carácter? Contaba en esa carta cómo había tenido lugar la entrada de los nacionales en Alhucema y se detenía especialmente en la historia de unos primos. Eran dos hermanos mellizos y solían cazar cerca de Alhucema. Todos los días, al atardecer, no dejaban de ir a tomar una copita con Enrique. Y allí, al calor del brasero y del licor, empezaban a discutir de política a grandes voces, moviendo los brazos y dando puñetazos a la mesa. Siempre decían ambos lo mismo, aunque con distintas palabras, por lo que nunca lograban ponerse de acuerdo.

No sé si sabes que en las últimas elecciones en Alhucema no hubo más que seis votos para la derecha, con lo cual, cuando empezó todo, la Guardia Civil entregó sus armas. Encarcelaron a los primos Luis y Antonio: creo que ha sido la primera vez en su vida que han estado juntos tanto tiempo sin pelearse. Los tuvieron en el cuartel reclusos, atados de pies y manos, un día entero y, cuando les iban a matar, los milicianos vieron que una columna de nacionales se les echaba encima. Entonces prendieron fuego al Ayuntamiento y al cuartel con ellos dentro. Los primos se dieron cuenta de que se iban a morir asfixiados y cuando ya estaban rezando el «Señor mío Jesucristo», un paisano les soltó. Gracias a eso este hombre luego logró salvar su vida.

No les dio tiempo a mucho porque las llamas habían crecido excesivamente. El hombre abrió la puerta, les quitó las esposas de las manos y cuando se disponía a quitarles las de los pies vio que una viga del techo al rojo vivo se venía sobre ellos. Tuvieron suerte porque bailó un poco antes de caer al suelo. Fueron unos segundos, pero lo suficiente para que salieran corriendo hacia la puerta, atados por los pies el uno al otro. Cuando salieron al campo intentaron correr pero no se apañaban. Entonces les llegó un tiro, y luego otro, y varios más. Los milicianos que huían les habían visto. Por aquello del instinto de supervivencia, consiguieron correr acompañados sus cuatro pies, y salvaron la vida. Debió de ser cómico verlos bajar la montaña dándose cabezazos. Creo que a ellos poca gracia les hizo en ese momento, pero ahora andan por ahí contándolo a todo el mundo.

Hacía una hora que había sonado el último disparo, seguían vagando por el campo y estaban agotados por la tensión y por el esfuerzo de caminar los dos al mismo tiempo. Intentaron arrancarse las esposas pero no pudieron. Les podía la emoción de haberse salvado y el desaliento de no saber qué pasaría. Se recostaron sobre un tronco, con la cabeza uno sobre el otro, e intentaron descansar.

Mientras tanto la columna de los nacionales había llegado a Alhucema. El Ayuntamiento y el cuartel estaban ardiendo. Algunas contraventanas abiertas dejaban ver cabezas que asomaban tímidamente. Un militar pidió mantas a gritos y se abrieron algunas puertas. Tardaron un poco en reaccionar. Varias ancianas lloraban sin atreverse a salir más allá del zaguán. Un par de mujeres jóvenes y unos niños se acercaron conmocionadas todavía con mantas, cubos y algunos recogedores. Algunos soldados empezaron a echar tierra sobre las llamas, mientras otro que avanzó hacia el interior del cuartel salió al poco tiempo chamuscado y tosiendo:

– ¡ Imposible entrar por aquí! ¡Venid uno conmigo para que suba a la ventana!

Para cuando consiguió entrar por el primer piso, las llamas estaban prácticamente sofocadas. En el Cuartel no quedaba nadie. Hoces, hachas, escopetas, hocinos, bieldos, palos, horcas y garfios, todo el armamento campesino que habían podido recolectar los republicanos, se apelmazaba muerto en una estancia, pero de ellos ni rastro. Parte de la columna se había quedado buscando en los alrededores del pueblo, pero no encontraron a uno solo.

Una hora después los ánimos se habían serenado. Quisieron tomar algo pero no había ni cerveza, ni café, ni gaseosa. Una mujer sacó algo de leche caliente con un poco de pan y lo tomaron con avidez. Se pasearon luego por las callejas del pueblo. Quedaba un parapeto en mitad de un callejón levantado con sacos de alfalfa. Las tejas caídas y hechas añicos en el suelo, delataban las carreras que dieron los rojos por las cubiertas de las casas, antes de asaltar el cuartel. La iglesia la habían convertido en un gran almacén: allí guardaban todo lo que habían conseguido en el saqueo de una finca, desde sacos de harina y arroz, hasta alguna que otra pata de jamón ya rebañada. En un rincón el confesionario yacía en el suelo con un colchón dentro y algunas mantas. Lo habían usado como una cuna aislante de la humedad. Junto a él un bargeño renacentista con los cajones abiertos, algunos de ellos rotos, con vales en su interior. En uno de ellos habían escrito «Vale por una botella de vino». El resto de los muebles de la finca estaban arrinconados junto a un altar lateral. Sobre la pared un cuadro destrozado de San Miguel pisando la cola del diablo.

Los que rastreaban el campo volvían llenos de polvo. Vieron algunos ciervos retozones, y en la rama de un pino encontraron una chaqueta colgando, pero de rojos nada. De pronto, a lo lejos, vislumbraron dos hombres que les hacían señas con los brazos en alto. Estaban atados por los pies y andaban lastimosamente.

En Madrid, mientras tanto, las cosas seguían otro curso.

– Aquí en el pueblo lo de la guerra fue un mal trago, pero me contó el señorito Adrián que los primeros meses en Madrid se lo pasaron estupendamente. Los primeros días no, lógicamente había mucha confusión, pero en cuanto pusieron a funcionar la radio, aquello daba gloria, parecía que la guerra estaba totalmente ganada, vamos, que todo era poco menos que un juego.

Al principio el desconcierto y la desinformación provocaron una ruptura de las actividades normales, pero una semana después dominó una fuerte moral de victoria y los medios de comunicación llegaron a convertirse en el aliento que insuflaba ánimos a los milicianos. Los espectáculos, no obstante, tardaron en ponerse en marcha y el teatro permaneció cerrado muchos meses. Parecía imposible continuar actuando en esas condiciones, y los actores no aceptaban bien la situación de inactividad. Un conocido tenía un bar en la Gran Vía, y Adrián y Teresa empezaron a ir por allí. Ponían copas, servían mesas y, ya entrada la noche, actuaban cantando.

Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que aquel local, más que un lugar de recreo, era un foco informativo. Los oficiales hablaban a grandes voces y raro era el que no se enteraba cada día de algo interesante. Charlaban animadamente, bebían, y lo pasaban bien con los relatos de los que se habían fugado de las zonas nacionales. Uno de los que llegó contó que había escapado por su propio pie después de caminar durante cuatro días y cuatro noches. Gracias a su historia, Adrián tuvo por primera vez noticias de Alhucema.

– Me contó Adrián que cuando llegó aquel hombre al bar rápidamente se formó un grupo de curiosos alrededor. Le pusieron una copa delante, un cigarrillo ruso, y le animaron a que contara su peripecia. El hombre era labrador. Contó que cuando los milicianos le vieron entrar en Madrid, sudado, con la barba y el pelo crecidos, sin un duro y flaco como un podenco, como no sabían si era fascista, le acosaron a preguntas sin soltar las armas. Pero cuando se identificó y estuvieron seguros de que no les engañaba, le dieron un abrazo. Debieron arrepentirse pronto, pues, acto seguido, le metieron en un pilón y le frotaron bien, ¡la mugre le llegaba al cuello! Después le afeitaron, le pelaron y al final, cuando ya estaba bien escamondado, le dieron ropas nuevas y le trataron como a un héroe.

– Yo me escapé de mi pueblo y cuando, después de tres días y tres noches andando, divisé a lo lejos el cartel de Madrid, me dio un vuelco el corazón. El carnicero de Alhucema, fue el que estuvo al mando de todo. Es un tío frío y calculador. Nos organizó estupendamente. Todavía de madrugada fuimos de casa en casa cogiendo a los fascistas. Teníais que haber visto su cara cuando les sacamos de las camas. Nos salió redondo. En el cuartel, el carnicero, mientras tanto, atacaba por sorpresa. Voló a cinco de ellos de golpe. Estuvo bien. Les habíamos cortado los cables telefónicos y la dinamita hizo su efecto a las seis de la mañana. A los tres que quedaban se los cargó de un solo tiro. Les quitó las máuser antes de matarlos, no había usado una en su vida y fue uno de ellos mismos el que le enseñó a utilizarla. A ese fue al primero que disparó.

El hombre hizo un silencio para disfrutar de su auditorio. Dio un sorbo a la copa y siguió con su historia.

– Cuando nosotros llegamos al cuartel llevando a los rebeldes en pijama, estaban quitando a los muertos de en medio. Metimos a los siguientes en garita y como teníamos que hacer provisiones, saqueamos una finca. Eso fue gozoso: jamón serrano, chacina, queso de cabra,

vino tinto en abundancia, en fin, no sigo porque se me hace la boca agua. Pero los cerdos de los moros se habían hecho con municiones y nos dejaron poco tiempo de disfrute. Cuando al día siguiente vimos venir a la columna, unos trescientos por lo menos, armados hasta los dientes, nos miramos. Nosotros teníamos sólo tres armas, porque los cinco guardias que volaron por los aires se las llevaron puestas. Total, que las agarramos, yo fui uno de los afortunados que arrampulé con una, y rápidamente rociamos el cuartel y el Ayuntamiento con gasolina, prendiendo fuego a los dos edificios con los fascistas dentro. Lo único que sentí fue que nos dejáramos el resto de las armas allí porque se quedaron algunas escopetas de perdigones. Cuando llegábamos al campo del cementerio vimos a dos hombres que se nos escapaban. Daban botes como saltamontes. No los reconocimos de lejos, pero como no eran de los nuestros, decidimos regalarles un poco de metralla. ¡Cómo funcionan las máuser! ¡Da la impresión de que matan solas! No nos daba tiempo a rematarlos pero ni falta que hacía. Disparamos también a las copas de los árboles, porque los fascistas se suben a ellas como ardillas. Luego empezamos a correr campo a través, y aquí estoy. Aún no me creo que lo haya conseguido después de tres días andando por las carreteras y escondiéndome de los controles.

Silvia miró a Matilde. Tenía la sensación de haber oído esa historia antes, pero no recordaba los detalles. Matilde sonrió. Diríase que había sido ella la que había estado en el bar aquel día, y no que se hubiera enterado por voz de Adrián. Tomó aire, y siguió contando.

– Dos meses después de estallar la guerra en Madrid se abrieron de nuevo los teatros. Pero el señorito Adrián notó que Teresa no era la misma. Le había trastornado la guerra. Estaba fuera de los papeles que interpretaba y fuera de sí misma, aunque por entonces él seguía loquito por ella. Pobre señorito Adrián.

Empezaron a actuar convocados por el Comité Madrileño del Partido Comunista en beneficio de las milicias populares. Luego llegaron las invitaciones de Radio Oeste, del diario ABC y el festival de Estrellita Castro a beneficio de la viuda y los hijos de Jaime Cubedo. De este modo comenzó una nueva etapa en la que no les faltaría trabajo.

Pero aquellos dos meses de incertidumbre habían dejado su huella en Teresa. A sus ojeras se sumaba una extrema delgadez. No se pintaba más que para salir al escenario y aun eso lo hacía de mala manera. Adrián estaba preocupado. Veía en ella una tristeza que nunca antes había

notado. Intentaba distraerla, procuraba que durante los ensayos reviviera bajo el papel de Eloísa, Beatriz y las demás damas que fue representando, pero seguía igual. Lo que vivía en el escenario le suponía tanto esfuerzo que, tras las actuaciones, se derrumbaba. La vuelta a casa se hacía entonces penosa. Adrián no olvidaría nunca el sonido peculiar del arrastrar de sus pies y ese comportamiento anómalo con él, unas veces buscándole, otras rechazando sus besos y caricias.

Aguantó un poco más. Hablaba algunos días con ella intentando que le explicara qué le pasaba, desahógate de una vez, le decía a gritos. Pero ella reaccionaba con más silencios, y un no sé, no sé, sólo quiero que se acabe esto.

La madre de Teresa habló un día con él. Le explicó que la melancolía de su hija se debía a la situación que estaban pasando todos.

– No es muy fuerte y reacciona así. Le cansa extremadamente la incertidumbre, la inseguridad de no saber cómo va a evolucionar la guerra, y se rompe. Unos amigos se han ofrecido a llevársela con ellos a Valencia. Viajan mañana allí con Jacinto Benavente. Si tú la convences, quizás sea lo mejor. Le puede venir bien salir de aquí.

Aquella tarde hablaron los dos durante horas, pero fue inútil, temblaba por dentro y por fuera como un conejo en medio de una cacería y se sentía incapaz de pensar.

– ¿Viajar a Valencia? ¿Para qué? ¿Para que nos cojan por el camino unos fascistas de esos y nos disparen a bocajarro?

Adrián le acarició el pelo. Lo llevaba descuidado, largo, pegado a la cara blanca. Los pómulos se le marcaban más que nunca. Le levantó la cara, pero ella reaccionó con fuerza volviendo a inclinarla hacia el suelo. Entonces él le habló fuerte, demasiado fuerte. Le dijo que todos estaban mal, que no era la única a la que se la había truncado el futuro en su mejor momento, que todos estaban cansados de no saber, de esperar, de no hacer nada productivo.

Teresa levantó altiva la cara. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Alguna de ellas, furtiva, le surcaba unas prematuras arrugas. Se había hecho mayor de golpe.

– ¡Si por lo menos estuviéramos luchando como otros están en el frente! Pero no, nosotros aquí encerrados todo el día como ratas de alcantarilla. ¡Venid! ¡Venid a luchar, cerdos

rebeldes! ¡Venid con vuestros aviones que en cuanto os oigamos correremos todos al metro, como hormigas que van con sus sacos a la guarida! Ved la resistencia de los mejores, los que estamos en la capital, los que ostentamos el gobierno de la República, vednos aquí, todos reunidos contando chistes mientras sólo algunos de nosotros dan la vida por algo útil!

Adrián encendió un cigarro. No entendía su idealismo, pensaba que también para ella su profesión estaba por encima de los intereses políticos, pero estaba empezando a comprender que no era así. Intentó envolverla de nuevo con su trabajo.

– Me he enterado de que Rafael Alberti está organizando un grupo de actuaciones. Vámonos con él. Tendremos otro círculo de gente, saldremos algo más de esta ratonera y se te pasará todo. Lo que hacemos estos días es necesario. La gente no puede tener la sensación de estar en guerra todo el día. Nosotros les ayudamos a que se olviden, a que disfruten un rato y vivan otras vidas distintas y mejores a la que tienen ahora mismo.

Ella no le contestó. Tenía la cara entre las manos y sollozaba fuerte, como un niño.

Al día siguiente acudieron a la residencia de los Heredia. Allí se había instalado la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura. La casa era como un pequeño palacete al que, en ese momento, le sobraban ya las antiguallas. Una amplia escalera arrancaba a la vera de una armadura medieval en el vestíbulo, aderezado con cuadros añejos de tonos oscuros y marcos dorados, panoplias con floretes y sables, y un sillón frailer que terminaba de dar una nota anacrónica.

En las habitaciones las alfombras y tapices estaban enrollados de cualquier forma dejando las paredes diáfanas que se iban cubriendo con carteles de actuaciones de tiempo atrás. Los teléfonos se habían distribuido en los dos pisos. Varios hombres con monos azules pululaban arriba y abajo. El sonido de las máquinas de escribir llegaba atenuado al salón donde tenían lugar los ensayos.

El proyecto era ambicioso porque no sólo se proponían inaugurar una nueva temporada de representaciones teatrales, habían llegado también seis camiones con equipos de cinematografía, de radio y una pequeña imprenta con la que trabajarían en la edición de "El mono azul", semanario dirigido a los que estaban en el frente. El cine, el espectáculo, la música, los

informativos radiofónicos, la prensa escrita, todo era poco para aquel grupo de artistas empeñados en la causa.

– ¡Qué difícil es disciplinar a los que nos llamamos intelectuales! –, dijo Rafael mientras intentaba poner orden en aquella desordenada mansión. Estaba intentando cubrir el primer objetivo: inaugurar la sala de proyecciones.

Teresa y Adrián se sintieron acogidos y empezaron a acudir con asiduidad. Cualquier ayuda era poca para sacar todo aquello adelante. Las horas y los días corrían algo más deprisa, y ella de vez en cuando sonreía.

Durante los ensayos los actores hablaban de todo, soñaban en voz alta con invitar a directores del teatro ruso, americano, francés; querían profesionalizar la compañía de modo que cada artista estuviera sindicado; se veían actuando en el "Teatro Español" de la mano de Lorca, Calderón o Lope.

El primer estreno fue el de «Los orinales», unos entremeses de Quevedo con la suficiente chispa como para romper el hielo y la amargura. Días después, les concedieron *El Español* para actuar allí por una temporada, pero cuando estaban celebrando la alegría de tener un espacio propio, les confirmaron un funesto rumor: Lorca había muerto a manos de los fascistas. Los sentimientos se mezclaban desordenadamente en un mismo instante, los proyectos se ahogaban en dolor. Para ese día Teresa ya se había ido de Madrid.

– Fue el mismo Adrián, gracias a un amigo, el que organizó todo para que ella se fuera un día del mes de Octubre. Pero Adrián no sabía bien donde la estaba metiendo.

Por entonces en Madrid los ánimos todavía se mantenían altos. El nuevo gobierno seguía adoptando medidas y la ayuda internacional estaba surtiendo efecto. Un día de los que no se trabajaba en la residencia de los Heredia, Adrián fue al bar *París*. Acudía allí diariamente un amigo suyo de la infancia, Rafa. Era oficial del ejército, moreno, de pelo ensortijado y buena planta. Solía convertirse en el centro de las tertulias porque sabía aderezar sus relatos con lo que habían vivido otros, y de hecho, a veces, él mismo no distinguía realidad y ficción. Los cierto es que oírle hablar era como ver una película en blanco y negro. Las mesas de al lado se abrían un poco para permitir que giraran las sillas. El humo del tabaco confiscado daba tintes de niebla a la atmósfera. Las sonrisas efervescentes de alcohol le rodeaban. Se sentía adulado por los ojos

vidriosos de los que tenía sentados alrededor. Los miraba uno a uno, y veía reírse al de la cara pellejosa, hecha un haz de surcos, al anciano sin dientes en la boca, al extranjero curioso con el cigarrillo al borde de los labios, se reían todos y hablaban a gritos a la vez, volviendo a contar sus historias de siempre. Adrián se lo llevó a una mesa aparte y le contó lo de Teresa.

– Me preocupa porque no está bien, yo pienso que necesita salir de aquí. Se siente inútil encerrada en Madrid y envidia a los del frente.

– Se me ocurre algo, pero espera, vamos a pedir unas bebidas.

Matilde siguió narrando de nuevo como si ella hubiera sido testigo de todo.

– Cuando desapareció Teresa, el señorito Adrián se quedó sólo. No del todo, enténdeme, para él la compañía teatral era como una familia, pero no era lo mismo sin la chica. Me dijo que se fue ella porque quiso, pero no sé yo. Cuando llegaba a este punto se solía callar.

Después de que ella se fuera, entre unas cosas y otras, pasaron dos años, pero las cosas cambiaron mucho. El público que asistía a los teatros disminuía y la compañía se fue disolviendo. Algunos, como había hecho Teresa, se fueron de Madrid, otros se alistaron, y el resto se disgregó entre distintas organizaciones ocasionales. Algunas veces coincidían en algunas actuaciones, pero poco a poco se fueron viendo menos. Era una diáspora inevitable.

Adrián comenzó a frecuentar más que antes el bar *París*. Allí coincidían un grupo de asiduos, entre otros, su amigo el oficial, aunque, a temporadas, se ausentaba mucho, misiones especiales, decía él. El tiempo se fue ralentizando. Las horas se hacían pesadas hasta en el bar.

– Venga, Rafa, cuenta otra vez lo del tren.

Y el oficial, en contra de sus costumbres, giraba la cabeza negándose a más fanfarronadas. Todos se sabían su vida de memoria. Uno cualquiera hubiera podido empezar: «Pues fue en octubre del 36, hace ya más de dos años. Viajaba yo con otros camaradas», y otro cualquiera hubiera seguido «cuando nos dimos cuenta del miedo que nos tenía la gente. Entonces dijimos, ¡ah!, ¿sí? y decidimos aprovecharnos».

En el vagón inmediato a la cafetería no había una persona más. Muchos habían sacado el billete en primera pensando en tener algo más de seguridad. La mayoría eran mujeres y niños, unas cuantas ancianas y algún que otro señor vestido de paisano. Un par de jóvenes con gafas y aire intelectual ocupaban los asientos que colindaban con el siguiente vagón. De pronto vieron que se abría la puerta con furia. Una bota militar atravesó el cristal y algunas mujeres gritaron asustadas. Entró el oficial mirando con ojos arrogantes. Detrás de él dos milicianos se reían y canturreaban. Empezaron a pedir los billetes a cada uno de los viajeros y les hicieron levantarse a ocho de ellos, los estudiantes, dos hombres, tres mujeres y una anciana. En los asientos se sentaron los soldados que iban con ellos, algunos de los cuales llevaban sus vales del comité ferroviario en las manos. Los ocho expulsados se fueron al vagón anterior donde les hicieron un hueco en el suelo. A la anciana le ofrecieron un asiento que compartió con un niño. Los viajeros pasaron el viaje en silencio, con el rostro desencajado y sin atreverse a hablar. Sólo se oían las risotadas y los chistes de los soldados.

Poco antes de la hora de comer se levantaron y fueron hacia la cafetería. Arrasaron con las existencias y dejaron el restaurante como si hubiera pasado una tropa de vándalos. Después al oficial se le ocurrió una genial idea:

– Vayamos a inspeccionar los equipajes.

Y lo hicieron. Les abrieron las maletas con risas y desprecio, y desperdigaron las cosas por el suelo. Los dos estudiantes se acercaron a ellos:

– Somos ciudadanos argentinos y no tenemos nada de valor.

Un puñetazo en la mandíbula al más alto de los dos cortó el único intento de protesta. Cuando salieron del vagón, ya en la estación, sólo una joven se acercó a ellos para socorrerlos. Llevaba una sombrilla y un maletín de mano del que sacó un pañuelo para limpiar su herida.

Estos días tenemos invitada. Es una mujer que vino exiliada de Inglaterra y se la presentaron a papá. Estuvo en San Sebastián y ahora está aquí, en casa. Se llama Adelina. Es joven, no te sé decir cuántos años puede tener, a lo mejor veinte o veintidós. Es guapa y elegante, como recién salida de una revista de moda de París. El día que llegó llevaba un traje de

chaqueta ceñido, guantes blancos, sombrero oscuro de ala ancha y una sombrilla. Llama la atención. La pobre ha enviudado en la guerra, una pena, recién casada. A papá le pidió un amigo que la acogiéramos porque no tiene familia aquí: sus abuelos son ingleses y sus padres estaban veraneando con ellos cuando estalló la guerra. Ha tenido que viajar sola y la pobre todavía está asustada. En fin, ya sabes que papá gusta de estas caridades y dijo que lo haría con mucho gusto. ¡Por cierto! Mamá le ha dejado tu habitación, supongo que no te importará.

Otra noticia: en Alhucema hemos inaugurado un comedor para niños. Están viniendo algunos de otros pueblos que han perdido a sus familias. Yo voy a trabajar allí todos los días hasta las dos y media, y mamá también ayuda. Como ves, va volviendo la vida al pueblo, aunque todo tiene un sabor distinto al de antes. Es como si hubiese cambiado la luz, el color de las cosas, hemos vuelto a nacer.

Hemos tenido algún problema de abastecimiento. Estaba previsto que llegara una partida de arroz a Huelva que iba a surtir a toda la provincia, pero las autoridades han decretado que sólo nos lleguen cuarenta toneladas porque hay que abastecer a los hospitales de Asturias, Coruña y Sevilla. La gente ha acogido la noticia en silencio. No sobran los alimentos, la verdad, pero junto a nuestra precaria situación, tendremos la contraprestación de que los heridos salgan adelante. ¡Cuántos de ellos pueden ser de nuestras familias!

Tú cuídate. Están llegando noticias de la falta de alimentos que hay en Madrid. Ayer leí que la Cruz Roja está repartiendo carne gratuitamente: espero que te haya llegado. Por cierto, ¿te acuerdas de Mariquilla, la de las siete vacas que te regalaba siempre altramuces en la feria? Pues le han puesto una multa de 200 pesetas porque estaba vendiendo la leche aguada. La mujer se excusó diciendo que como hay pocos alimentos tenía que cercenarlos. Pero de poco le han servido las excusas porque la vendía a más precio del normal. Así que ya ves, hasta gente que de siempre ha sido honrada, ahora parece que se corrompe.

Me gustaría que volvieras. Te lo digo porque hay gente que está volviendo, aunque, por ahora, aquí sólo han llegado cinco evacuados. Hasta pronto.

– Cuando el señorito Adrián reaccionó era ya un poco tarde. Dos de sus compañeros se habían fugado de Madrid, ¡quién lo iba a decir! Uno de ellos, que antes había huido de los fascistas, ahora volvía a ellos. Y es que veían que ya no había nada que hacer.

Aquellos dos amigos habían estado trabajando en el teatro, pero las cosas se pusieron tan feas que ni siquiera podían actuar en una sala fija. La mayoría de los actores se había marchado y en las representaciones contaban con aficionados. Llegaron a interpretar, incluso, con los alumnos de las Escuelas del S.U.R.E.P. Adrián se desesperaba: tonos altisonantes, olvidos e invenciones, excesos de ímpetu en la pronunciación de cada palabra. Se refundían textos anteriores y les cambiaban los títulos injustificadamente, se pasaba de los tópicos de viejos melodramones a los latiguillos mitinescos que más que remover causaban risa. Se consentían escenas enteras en las que las frases dejaban de rimar y se acumulaban las críticas negativas en los diarios. Adrián veía desde el escenario un público que desconocía, las actuaciones parecían un festival para un colegio de huérfanos porque se permitía la entrada a menores de cuatro años, con lo que su voz se perdía en una maraña de gritos y lloros de niños.

El primer día de la representación de «¡Qué más da!» cuando salió al escenario supo que algo había pasado. Dominaba el ángulo derecho de la escena un cartel en el que se leía con letras muy grandes «Conserge». La falta de ortografía le enfadó. Buscó a sus compañeros en el descanso para que lo cambiaran pero no los encontró. Al terminar la función comprobó, con disgusto, que habían desertado.

Fue a casa de su amigo el oficial esa misma noche. Le sacó de su cama y le espabiló golpeándole en un hombro, como si él fuera el culpable. Estaba fuera de sí, abatido. Rafa salió de la cama y sacó de su casaca un papel. Se lo habían mandado sus superiores y se titulaba «Instrucciones a los comisarios para evitar evasiones». Estaban teniendo lugar salidas de voluntarios, veteranos, antiguos jefes y oficiales de milicias e incluso personas que se habían fugado previamente de las filas fascistas. Se indicaban las posibles causas: la desmoralización era la principal. Los apoyos internacionales se habían acabado hacía tiempo, la última batalla en la que tenían alguna oportunidad la perdieron, y aunque demostraron en el Ebro una táctica muy buena, también palparon con certeza que ya, ni en las mejores condiciones, ganarían otra batalla. El escrito añadía otras posibles causas: la menor propaganda política de su ejército, el hecho de que no estaban cubriendo las necesidades básicas de vivienda, vestido y comida de los soldados, y que la proliferación de evasiones creaba un clima favorecedor de otras nuevas.

Adrián bajó la cabeza y musitó:

– Madrid ha dejado de ser una trinchera romántica.

Bajó los escalones de dos en dos y salió a la calle desierta. El viento soplaba tan fuerte que hacía bailar las ramas de los árboles. Una lluvia fina empapaba el asfalto. Sintió que la soledad le calaba los huesos. Por unos segundos añoró las cartas de su hermana, las noticias de su familia y amigos de Alhucema.

Todavía no te he contado lo de Manolo. No sabía si contártelo por carta, pero imagino que te gustará tener noticias de tu mejor amigo. Ya sabes que estuvo mucho tiempo prisionero en Baños.

Tenían reclusos allí a todos los fascistas del pueblo, en total unos ochenta. Estaban hacinados, sucios, mal alimentados y deprimidos. Lo peor para Manuel, era la tensión a la que estaban sometidos. Hacía unos días que habían matado a veinticinco de ellos de golpe. Fue una reacción del mando contra la agresión sufrida la víspera: los fascistas habían enviado un helicóptero letal sobre la sierra que causó cinco muertos.

Los veinticinco elegidos supieron que iban a morir cuando les sacaron a punta de escopeta al amanecer. Les llevaron cerca del monte y allí les dieron una pala a cada uno y, haciendo chiste y burla, les mandaron cavarse su propia fosa. Luego, alineados cada uno frente a su agujero, les dispararon.

Los que se quedaron en prisión y salvaron la vida lo supieron todo con detalle. Cada vez que sus carceleros cometían un crimen Bernardo, el panadero, les informaba con pormenores. Había saña y anhelo de venganza en ese hombre enjuto y aceitunado que guardaba las llaves de las celdas en una pulsera gruesa de plata adherida a su muñeca.

A partir de aquel día los minutos en prisión transcurrieron más despacio, sobre todo cuando se iba el sol. A Manolo le dolía la hendidura de la noche, el silencio que anidaba en los ladrillos, ahuecados por las horas de insomnio y el miedo a despertar de golpe. El tiempo parecía haberse momificado en un péndulo inexistente. Desde la ventana Manolo veía como el viento empujaba las nubes, unas nubes rollizas. Va a llover, empezó a repetir una y otra vez, mientras las miraba obsesivamente buscando en cada una de ellas una imagen: cien ovejas, una, dos, tres, cuatro, cinco, un rebaño, un cordero, nada, no podía dormir; mi primera novia, Felisa, la de la melena lisa; Perico el trompetista y su vaca Paca; mi maestra Carmen; un automóvil, mi sueño dorado. Y así, durante varias horas, siguió mirando las nubes y hablando con ellas. Cuando oyó el primer trueno y vio que llovía y se deshacían su Felisa, su Perico, su automóvil y su rebaño,

comenzó a llorar. Se iban sus contertulios. Los compañeros de celda pensaron que se estaba volviendo loco.

A los dos días abrieron la puerta tres hombres y Manolo supo que le había llegado la hora. Buscó con la mirada a los demás, que estaban con la cabeza gacha, rezando. «¡Tú, sal!», le dijeron sin contemplaciones. Les dijo que él no había matado a Felisa, ni a Carmen, que Perico el trompetista había desafinado tanto que lo habían echado de la banda del pueblo, pero que todo fue por la tormenta, que le dejasen un día más, a ver si mañana lo podía arreglar. Los compañeros le miraban angustiados.

Sacaron a diecinueve hombres en total y se los llevaron al patio. Les pusieron frente a la pared, con las cabezas cubiertas. Manolo pensaba: «¡me voy a deshacer como las nubes!». Esperaba que acabase todo en un instante, en cuanto sonase la primera detonación.

La oyó y sus ojos cerrados, apretados por la venda fuertemente, vieron un rayo que atravesaba la oscuridad. Se le clavó el suelo frío en todos los puntos de su cuerpo reclinado. Las piernas le habían dejado de temblar. La piedra de granito del patio era dura y áspera y le arañaba la cara. Un peso enorme le oprimía el pecho, le ahogaba el calor y sentía cómo le resbalaba por el cuello un líquido viscoso, un chorro fino, cada vez más fino, gota a gota. Oyó un disparo cercano y el suelo retumbó con el golpear de otro cuerpo.

- A este no lo habíamos rematado.

Aguantó las ganas de respirar. Se mantuvo quieto, quieto, sin notar dolor alguno y con una lucidez repentina. Pensó si sería instinto de supervivencia lo que le hacía no recordar nada, y lo que le ayudaba a mantenerse quieto y rígido como un cadáver. Oyó cómo hurgaban en los bolsillos de uno que debía estar muy cerca de él.

- ¿Qué haces? ¿No respetas ni a los muertos?

- Sí, hombre, sólo quiero tabaco. Bueno, y las botas. Son de mi número y me vienen bien.

- Acaba de una vez. No aguanto más aquí. Esto de matar es una mierda.

Oyó resoplar al miliciano que tiraba de las botas, se estaba ahogando. También Manolo se asfixiaba intentando no mover la caja torácica.

- Pero mira esto, si este tío llevaba papeles en las botas.

- A ver... Me cago en diez. Pero si es un documento oficial. Vamos, corre, vámonos que esto puede ser importante.

Los dos verdugos salieron corriendo y Manolo respiró. Abrió los ojos. Los dedos abiertos de una mano aún caliente caían sobre sus sienes como si fuera su propio cabello. Reconoció el anillo de Gabriel, el médico y sintió de nuevo ese peso sobre sus costillas. Era su cuerpo. Esperó unos minutos, hasta que oyó a los alterados milicianos diciendo a gritos que habían encontrado un documento que comprometía a un hombre en la preparación de la sublevación militar.

Manolo no supo explicarnos cómo salió con vida, pero el caso es que no le dispararon y consiguió salir del cuartel. Corrió campo través, hasta que llegó a Tejada. Allí le pidieron el papel del comité. Dijo que no lo tenía, que era de Alhucema y que lo habían echado de Baños por forastero. Lo dejaron venirse y tardó una semana en llegar a su casa. Ahora está con su madre y me han dicho que la que está en la cama es ella. Deben ser los nervios, porque ya le habían dicho que a su hijo lo habían matado y, cuando lo vio entrar por la puerta, pensó que era una aparición.

He dejado para el final lo de Pepe. Hace una semana, por fin, recibí noticias suyas. No ha sido una carta ni nada parecido. Lo estaba temiendo y, sin embargo, no me lo termino de creer, aún no lo he asimilado, vivo con la esperanza de que sea un error. Llevo cinco días en una nube, con la sensación de que estoy soñando y de que en cualquier momento voy a despertar. Que tendré a Pepe de nuevo aquí, con su olor a tabaco rubio y sus gafas redondas. No puedo creerme que se vaya a quedar nuestra casa vacía, con las sábanas, las cortinas, las toallas, la vajilla, todo preparado. No me creo que a un mes de casarnos tuviera que separarnos la guerra con la promesa de algo transitorio, y que esta prórroga haya servido para que la muerte me lo robara definitivamente.

Tenía sus carpetas de trabajo ya en nuestra futura casa y esta mañana, cuando vinieron a buscarlas los de la RENFE, me agarré a ellas como si esos últimos proyectos que estudió fuesen más míos que de la empresa, porque yo le acompañé durante aquellos días de trabajo

intenso, en los que a veces empalmaba el día con la noche. Y todo ese esfuerzo porque quería ahorrar para una boda que nunca se llegará a realizar.

Es como si a mí me hubieran condenado a casarme con la muerte.

Las campanas del pueblo ya solo guardan silencio o tocan a funeral.

Ayer llegaron noticias de San Juan. Allí ya no quedan campanas, ayer amaneció al campanario vacío. Dijeron que se llevaban el acero para blindar tanques y fabricar municiones. No te lo vas a creer pero, después de eso, mataron a tres de los nuestros, y no con armas de fuego precisamente. Reunieron todo tipo de artilugios de campo y los mataron a hachazos, a golpes de hoz y de bieldos. Hubiera preferido no enterarme.

Es de noche y no puedo dormir. Me pregunto porqué han tenido que matar profanando todo. Han profanado lo nuestro, al bajar las campanas de las torres de las iglesias, pero también han bajado las hoces de sus banderas. Se han profanado a ellos mismos.

Sonó una campanada. Faltaba un cuarto de hora para la una. Silvia echó un ojo al reloj de la estación, tenía un minuto de retraso. Caminaba cerca y se oía el rumor de los altavoces anunciando llegadas y salidas. Había llamado a Adrián hacía dos días y habían quedado en una cafetería cerca de Atocha. Sacó la agenda del bolso y la abrió. Leyó el plan de trabajo y empezó a tachar A las nueve: tomas de la azafata; Sheila; seguridad, señor Puértolas. A las diez y media: agencia de viajes. A las doce: Museo del Prado. A la una.... Marcó una equis junto a la cita que más le importaba, la de la una, la del aperitivo con Adrián.

Empujó la puerta de la cafetería con el pie, llegaba con un poco de antelación, y buscó una mesa en la que sentarse a esperar.

El café era como una pequeña caja de música: cubierta de espejos en todas sus caras, los reflejos de las imágenes y los sonidos podrían multiplicarse por mil. Escuchó un rato por si las voces de los escritores que solían acudir allí a las tertulias hacía un siglo, se hubiesen quedado aprisionadas entre aquellas paredes.

- ¿Qué quiere tomar?

- Una Coca-Cola, gracias.

Las ventanas de cristales esmerilados se ofrecían como una mirada empañada al exterior. Tulipas doradas, mesas de mármol, sillones de terciopelo rojo, un rincón confortable para conversaciones secretas. Volvió a abrir la agenda por la hoja del día, martes, un gran martes en mayúsculas y en rojo. Sin darse mucha cuenta siguió tachando las letras, las mismas letras impresas de antes, la misma palabra que de martes había pasado a ser artes, y ahora, tachando la ese de la derecha, ya era arte, un gran arte en rojo y en mayúsculas. Debajo de donde tenía anotada la cita con Adrián escribió: ¿conoció a Adelina?

Tenía la agenda abierta junto las servilletas de papel, gracias por su visita en azul de Prusia. Le trajeron un vaso alargado con una rodaja de limón desgajada al borde de la chispa de la vida. Las efervescentes burbujas se tropezaban con los hielos y se desteñían al empañar el vidrio.

Extrajo un par de servilletas de papel y una tercera cayó al suelo en un lento zig-zag de plumón blanco. Guardó las servilletas en la agenda a modo de recuerdo y, acodada en la mesa,

apoyó su cara sobre la palma de la mano. Las ideas se le mezclaban y componían a vuelapluma una historia sin final. Recordaba viva la voz de Matilde.

- Nada más llegar al pueblo lo primero que quiso hacer el señorito Adrián fue visitar el paredón. A mí me extrañó pero allá se fue. Aquel primer día estuvo muy raro, callado. Ya te dije que luego a mí me empezó a contar todo, pero ese día aún no hablaba. Yo no sé si fue lo de la muerte de su padre, que algo de pena le daría, porque quiso ir al cementerio, o si sería que la relación con su madre y su hermana, ya no era lo mismo, el caso es que al día siguiente me empezó a preguntar por la señorita Adelina y yo le conté lo que sabía.

El día que ejecutaron al exgobernador civil de Huelva y a los Tenientes Coroneles de la Guardia Civil y de los carabineros, hubo revuelo en Alhucema. La gente quería acabar con la guerra, y si para conseguirlo había que matar a los republicanos, pues lo que hiciera falta. Pero al padre de Adrián le parecía inhumano tanta ejecución. El exgobernador, además de cliente suyo, era buen amigo. Solían ir juntos a las cacerías y en la feria compartían caseta. Cuando se rumoreó que lo iban a matar se fue a verlo. El hombre estaba desconsolado, abatido, no aceptaba la muerte. Se desahogó con él y le pidió un último favor: que acogiera en su casa a la hija de unos amigos que estaban en Inglaterra. La chica había enviudado y estuvo sola en Madrid, después en San Sebastián y en ese momento se encaminaba a Huelva, donde la iba a recibir en su casa. Pero sus planes se habían truncado. «¡Trátala como a una hija!», le pidió a gritos. Fue lo último que le dijo.

El padre de Adrián estuvo presente en la ejecución. Antes de que le dispararan, besó la bandera española y, mirando a los que asistían, dijo: «Sed grandes y hacedla grande». Aquella imagen nunca se borró de su memoria.

Le había dejado el nombre y los apellidos de la chica, el compartimento y vagón del tren en el que viajaba, y la hora de llegada. Y allí fue con su hija Amalia. La encontraron en el andén, a última hora de la tarde, cuando declinaban las luces del día y encendían las farolas de la estación, después de que ya se había bajado todo el mundo. Bajó sola y con los ojos llenos de lágrimas.

- ¿Adelina Román Parker?

- Sí, soy yo.

- Matilde: y ¿cómo era? ¿Rubia con ojos claros? ¿Pelirroja? ¿Tenía cara de extranjera?

– No, no, no se parecía a ti, Silvia. Tú sí que podrías ser forastera, ella parecía andaluza. Tenía los ojos verdes y el pelo muy negro. Lo que sí la delataba era el acento completamente británico.

– Y la gente, cuando la vio llegar ¿qué dijo?

– Nada especial. Estaban llegando algunos evacuados y el pueblo intentaba acogerlos bien. Se les buscaba vivienda, alimentos, ropa, en fin, lo que se hace en estos casos.

– Pero a ella no le haría falta nada de eso, ¿no?

– No, claro. Tus parientes se volcaron con ella. La verdad es que se lo merecía.

– ¿Por qué?

– Porque era una persona muy agradable, no sé, tenía algo de tímida y de misteriosa pero cautivaba. Era un don. La verdad es que ninguno podíamos sospechar de ella, por eso cuando vino la policía pesamos que era un error.

Silvia miró por la ventana. Los cristales seguían empañados y no se atisbaba nada del exterior. El reloj marcaba la una y cinco, un ligero retraso de Adrián. La Coca-Cola jugaba a ser acuarela cada vez más clara. Era curioso, la misma expresión, «un error» aparecía en la última carta, y se usaba varias veces. La buscó en el bolso y mientras la sacaba del sobre y abría sus pliegues, la fragancia a polvo y lavanda le hicieron revivir aquellas horas de la noche que pasó leyendo y reviviendo el pasado.

– ¿Eres Silvia?

Levantó la cabeza mientras instintivamente guardaba la carta.

– Sí, soy yo. ¿Eres Adrián?

Era el mismo hombre alto, desgarbado, con una bufanda de rayas, gabardina blanca y un mechón de canas detrás de las orejas. Se miraron de refilón, como quien no se fija mientras se daban dos besos. Después se sentaron frente a frente.

– ¿Qué tal?

– Bien, gracias.

– ¿Llevabas mucho tiempo?

– No, acababa de llegar, unos minutos sólo.

Tenía los mismos ojos de la fotografía, esa mirada penetrante, surcada por mil arrugas de las que se forman con la risa. Estaba igual pero mayor.

– Me hacía ilusión conocerte.

Se rieron los dos. Era como un pacto de cinismo consentido por ambas partes. Habían vivido en Madrid durante más de veinticinco años, y nunca habían tenido interés por conocerse y ahora, como si fuera lo más normal, quedaban en una cafetería.

– ¿Sí?

– Sí, porque no sé, Alhucema es mucho para mí. Y eso de conocer a la culpable de que me haya quedado sin los libros, tenía cierto morbo.

Se reía. Tenía aspecto de no tomarse nada en serio. Llevaba una camisa de cuadros grises y un jersey de lana morado.

Se acercaba el camarero.

– ¿Qué va a tomar?

– Una caña. Bueno, cuéntame, ¿en qué trabajas?

– En una empresa de publicidad. ¿Y tú?

Adrián se rió.

– Tengo años de sobra para estar jubilado, ¿no?

– Sí, bueno, nunca se sabe.

– La verdad es que no me he jubilado del todo. Escribo.

– ¿Dónde?

– Colaboro en un diario. Hago crítica teatral. Llevo haciéndolo muchos años. Me gusta el teatro de siempre.

– Lo sé.

– Ah, ¿sí?

– Sí, pero... Bueno, quería hablar contigo por eso. Encontré una carta en uno de los libros y...

Metió la mano en el bolso y sacó un sobre. Se trataba de la única carta que había encontrado cerrada, la única que había sido escrita por Adrián. En el sobre, con letras grandes y buen pulso ponía «Teresa», así, a secas, sin dirección ni adrezo alguno.

A Adrián le brillaron los ojos al coger la carta, «caramba, caramba», repetía, y se entretuvo leyendo varias veces las pocas letras del sobre. Lo rasgó por el lateral y sacó una cuartilla escrita por una sola cara. Las venitas de la cara se le estaban dilatando. Se aflojó la bufanda.

Cuando acabó de leerla, levantó la cabeza un poco temblorosa.

– Soy el mismo, el mismo. Mi amiga Carmen, que ya ha fallecido y era escritora, decía que tenía la misma letra que cuando era estudiante, y que se emocionaba cuando leía alguno de sus papeles de su juventud. Yo no lo había experimentado hasta ahora, pero es cierto. Después de tantas vueltas como da la vida, he leído estas líneas y me encontrado con mis propias raíces, conmigo mismo.

Sonrió con picardía y le extendió la cuartilla.

– ¿Quieres leerla?

Silvia quiso reaccionar diciendo que no, quería mostrar un mínimo de educación, pero se sentía tan dueña de Teresa como el mismo Adrián y no vaciló.

Madrid, 15 de Enero de 1939

Querida Teresa:

Llueve.

Lo que menos me gusta de que llueva es que se me mojen los pies. Se me ponen gordos como manoplas.

El agua es aguda. Se enrosca como una serpiente alrededor de cada dedo y entonces empiezas a sentirlos todos, uno a uno. Tiritan. Son como las teclas de un piano que se ha quedado frío cuando ventilan el salón.

Cuando llevas mucho tiempo en la calle el tembleque es tan profundo que las teclas saltan, y suena desafinado, y te cantan los pies.

El agua es aguda. Sube por el arco de la pierna y te penetra como un violín, en forma de dolor. Entonces piensas que tienes un reuma precoz y te arrepientes de no haber conseguido un paraguas.

El agua es aguda y sigue subiendo hasta provocar el tamborileo de tus dientes y la vibración de tus cabellos, que tiemblan como cuerdas de guitarra.

Llueve y cuando llueve y voy sin paraguas se me levanta una jaqueca horrible, lo mismo que me pasa en los ensayos cuando afinan todos los instrumentos a la vez.

Espero verte pronto, cuando deje de llover.

Adrián.

¡Qué hombre tan desconcertante! Silvia le miró con curiosidad. Adrián tenía la caña en una mano y con la otra estaba avisando a un camarero. Se le había caído un cigarrillo en la cerveza y bailaba dentro como si fuera una cuchara temblorosa. La humedad naranja subía hacia la boquilla.

– Estoy un poco torpe, ¿sabes?

El camarero trajo otra copa y él le contó que Teresa fue un amor de juventud. Ella estaba fuera de Madrid y él le escribía desde aquí.

– Le contaba tonterías, nunca nada serio, porque entonces censuraban las cartas, ¿sabes? Fue la última que le escribí. Pensaba dársela en mano, pero cuando llegué ya fue tarde.

Entonces Adrián empezó a contarle la historia de esa mujer que tenía magia.

– Embruja, pero la guerra pudo con ella y se tuvo que ir. Yo tenía un amigo que era oficial del ejército republicano. Se llamaba Rafa. Un día le conté lo de Teresa y me propuso que colaborara con unos amigos. Yo no sospechaba que él estuviese metido en asuntos peligrosos, porque con la vida tan desordenada que había entonces en Madrid, era difícil imaginar que existiera algo más arriesgado que la propia supervivencia. Rafa solía hacer trayectos largos en tren y, aprovechando que iba con milicianos que tenían ganas de juerga, abría maletas de los viajeros y hurgaba entre sus pertenencias. Un día, en un viaje Madrid-San Sebastián, encontró en una maleta de dos argentinos unos documentos de la embajada de ese país que podían ser comprometidos para Inglaterra. Entonces se puso en contacto con el vicecónsul de Inglaterra en aquella ciudad y se metió en un lío de espionaje y contraespionaje internacional. A mí no me contó nada, pero estaba metido hasta las cejas. Necesitaba un contacto en el sur para conseguir información de las operaciones militares que se organizaran y se le ocurrió que Teresa podía cubrir ese puesto. Era apasionada y calculadora a la vez. Tendría que alternar con los jóvenes para sonsacar la información a los soldados y ponerse en contacto con un radioescucha aficionado que había en Cazorla, pero ella era actriz, lo haría bien. Rafa, de todo esto, a mí no me dijo ni palabra. Yo simplemente sabía que nos ayudaría desde allí. Me dijo que le buscara una familia con quien pudiese vivir. Al principio pensé que era imposible. Mis padres no tenían relación conmigo desde hacía años, y ni ellos ni nadie del pueblo aceptarían en casa a una amiga mía. Luego me acordé del gobernador de Huelva, que era republicano y muy amigo de mi padre. Hablé con él, le mentí, le conté una historia desgraciada y prometió ocuparse de ella sin saber a lo que iba.

– ¿Y cómo era Teresa?, ¿cómo vestía?

– No le gustaba nada vestir bien. Odiaba las faldas y los tacones y mientras estuvo en Madrid y pudo hacerlo, vestía como las milicianas del frente, con pantalones, camisa y botas. A mí me encantaba verla así, con el pelo suelto y arremangada. Pero era actriz, estaba acostumbrada a manejarse con prendas extrañas, con auténticos disfraces. Hacía falta que pasara por una chica de familia inglesa, así que el día que salió de Madrid se vistió de señorita. Yo no la encontré especial, me parecía un día cualquiera de los nuestros en escena. Se despidió en inglés, con un acento que parecía auténtico, porque tenía muy buen oído, y cuando pitó el tren y empezó a

alejarse, me quedé como esperando que sonasen unos aplausos que nunca sonaron, allí no había telón. Entonces me di cuenta de que aquello iba en serio.

– La señorita Adelina tenía una bicicleta. ¡Ay, hija! ¡Cuando el señor y la señorita Amalia la vieron bajar del tren con ese artefacto! Pero claro, es que era extranjera, y tenía otras costumbres. Los dos primeros días la tenía guardada en la habitación del señorito Adrián, pero el tercer día vino a la cocina y me preguntó si le extrañaría a la gente del pueblo que diera paseos sola. Yo le dije que aquí no era costumbre, pero que ella hiciera lo que tuviera por bueno. Aquella tarde se dio una vuelta por la ermita y pronto se aprendió todos los caminos de los pueblos de alrededor. A todos nos pareció un poco raro, pero como era extranjera y por ahí fuera hacen cosas muy raras... Al final nos acostumbramos a sus paseos y hasta las de la Falange empezaron a pedirle favores.

– Por lo visto, según me contó Amalia, las señoras del pueblo tenían que hacer visitas a comedores para niños en los pueblos vecinos. Como Teresa tenía una bicicleta y solía ir a esos pueblos para pasearse, empezaron a pedirle que hiciera algunos recados. Unas veces le daban alimentos, otras dinero, otras, la mayoría, juguetes para los niños. Total, que Teresa se ganó a todas las mujeres de la comarca.

– Esa señorita Adelina, siendo lo fina que era, sabía imitar voces de muchas clases, hasta de hombre y todo. Así que un día, en el comedor de Alhucema, se puso a hacer un guiñol y tuvo tanto éxito con los niños, que le pidieron que lo repitiera. Se extendió su fama y hasta en los guateques de los soldados llegó a hacer pequeñas funciones. ¡Ave María! A ellos les cantaba y llegó a bailar y todo. Tenía duende.

– Teresa tuvo la habilidad de integrarse de tal modo en la vida del pueblo que llegó a conocer a todos los militares de la zona. Las noches eran buen momento para algunas confidencias, con el calor del alcohol y al ambiente de victoria que se generalizaba en esas reuniones. Así fue como empezó a obtener informaciones interesantes.

– Las señoras de Trujío, un pueblo que estaba muy cerca, le pidieron a Adelina que fuera a hacer el guiñol todos los martes, así que empezó a ir allí con asiduidad. Iba en bicicleta y pasaba siempre por la cocina para despedirse de mí, me quería mucho, ¿sabes? Me hacía gracia verla con la bicicleta, y cómo entendía ella el aparato ese, porque vestida tan elegante como solía ir, a veces se la veía antes de salir, trajinando con las ruedas, tocándolas y alguna vez hasta cambiando las gomas la vi yo. Y sin perder la compostura, ¿eh?

– Teníamos un contacto entre Trujío y Alhucema. Además de escuchar la radio, esa persona trabajaba en un banco y tenía acceso a todas las cuentas corrientes. Teresa volvía a casa todos los martes cargada de papeles.

Silvia ofreció un cigarrillo a Adrián.

– ¿Y a quién se enviaba esos papeles?

– Muchos me los mandaba a mí, porque mis amigos suponían que eran cartas de amor y a nadie le extrañaba. Yo después le mandaba la información directamente al oficial.

– Pero, ¿tú leías tus cartas?

– Sí, claro, las abría y transmitía después la información de palabra. Tenía la ventaja de que de mí nadie sospechaba, siempre estaba metido en cosas del teatro y no era precisamente de los más activistas republicanos.

– ¿Y Teresa te escribió alguna carta de amor?

– Ninguna, bueno, la última, era una carta de despedida.

Adrián se quedó unos minutos como ensimismado con la cabeza inclinada. Le temblaba ligeramente el labio.

– Cuando se fue me di cuenta de que me había engañado a mí mismo. Ella estaba enamorada de unas ideas y yo estaba enamorado de ella. Ella era feliz haciendo esos trabajos a favor de la República y yo era feliz haciendo eso por ella. Nos separaba un abismo.

– ¿A ti no te importaba la política?

– Sí, claro que me importaba, pero no como ella. Teresa era idealista cien por cien, y yo no tenía sus ambiciones.

– La señorita Adelina era, como te diría yo, algo soñadora. Nunca la vi prepararse ningún guion para el guiñol. Para mí que lo improvisaba todo. El señorito Adrián no llegó a conocerla. Fue una pena porque se hubieran entendido. Cuando él llegó al pueblo, ya se la habían llevado.

– ¿Pero quién se la llevó y porqué?

– En realidad no lo sé. El día aquel lo único que pasó es que a la hora de cenar la señorita Adelina no había vuelto y el señor fue a la guardia civil para dar parte. Debieron de decirle algo muy malo porque el señor volvió sin color, pero no nos explicó nada. Después de aquella noche ella nunca más volvió.

– Un día, en uno de sus viajes de vuelta de Trujío, Teresa pinchó una rueda. Llevaba una bomba de aire siempre encima y se detuvo a inflarla, con tan mala suerte que un par de guardias civiles se la encontraron en esa situación. Caballerosamente se ofrecieron a ayudarla. Ella se negó bastante nerviosa y se subió encima de la bicicleta, con la rueda casi vacía, para intentar seguir. Pero no podía. Los guardias se empeñaron en hincharla, pero cuando vieron que el agujero era tan grande que no tenía reparación posible, se ofrecieron a llevarla en coche hasta un taller, y mientras lo iban diciendo, arrancaron el neumático. De golpe cayeron un montón de papeles al suelo. Teresa se puso blanca. Aquel era su escondite habitual, donde llevaba las cartas, los informes y muchas veces dinero. Intentó disimular diciendo que eran cartas personales, pero ellos ya habían distinguido los papeles del banco. Aquella noche la pasó ya en el cuartel.

– Cuando se la llevaron las malas lenguas decían que Adelina estaba implicada en una compleja organización de contrabando. En Huelva eso es corriente porque hay puerto y estamos al lado de Portugal. Luego dijeron que la llevaron a Inglaterra para juzgarla. El caso es que no se volvió a oír una palabra de ella. Una pena, hija, fue una pena, parecía tan buen persona, en fin. Yo la disculpé porque viuda y sola, lejos de los suyos, cualquiera se hubiera dejado engañar por unos desalmados, pero no sé, hija, no sé si la disculparían los jueces.

– ¿Y la juzgaron?

– Al día siguiente desde el cuartel se habló con los mandos y ataron cabos. Se descubrió su auténtico nombre. Para desgracia de Teresa se acababan de encontrar unos documentos de la valija consular en San Sebastián. Formaban parte de la misma organización. Por lo visto, cuando el automóvil del vicecónsul británico llegó al puente internacional, las autoridades registraron el coche y después, en presencia de un notario, abrieron la valija. Por ciertas anomalías llevaban vigilando más de un mes y el servicio de contraespionaje sabía que trasladaban documentos relacionados con una ofensiva militar y con evasión de capitales. El bombazo fue silenciado pronto porque la guerra estaba finalizando y no interesaba levantar ánimos aplacados. Los periódicos apenas informaron.

– ¿Y qué le pasó a Teresa?

– La juzgaron y la condenaron a muerte.

– ¿La mataron?

– Así fue.

– ¿Dónde?

– Allí mismo, en Alhucema. Yo llegué al día siguiente y pregunté en el cuartel por la señorita Adelina. Mi padre no estaba y en mi familia no me sabían decir qué había sido de ella. Me llevaron al colegio y allí, en un aula que se había habilitado como celda, hecho un hatillo, estaba su vestido gris, y sus zapatos, el sombrero y una sombrilla. No lo quise coger, sólo quería salir de allí corriendo. Entonces bajé al patio y busqué el paredón de los fusilamientos y allí estaba, tirada en el suelo, como un esqueleto, lo que quedaba de su bicicleta. Hice algunas fotografías y me marché.

Silvia bajó los ojos. Había visto en la mirada del anciano la desolación de un chico joven enamorado de un sueño, y en sus pupilas la imagen de una mujer temblorosa, sola, abandonada en un cuchitril, con su disfraz polvoriento anudado, sudando y esperando, con el cabello suelto y la mirada cortada.

– ¿Qué te han parecido las demás cartas?

Silvia se sonrojó. Él le miraba con una sonrisa demasiado franca como para mentir.

– Me han gustado.

– ¿Has leído todas?

– Sí, menos la que tú has abierto, todas.

Se hizo un silencio. Le hubiera gustado preguntarle porqué las guardó allí, qué sentido tenía guardar papeles oficiales durante medio siglo, cómo nunca descubrieron que él colaboró, qué fue de Rafa, el oficial, pero se calló. Adrián encendió otro cigarro.

– Fueron años duros, créeme, aunque no menos duros que los que os toca vivir ahora. Los últimos días antes de la llegada de los nacionales a Madrid, escribí un artículo en el

periódico. En realidad lo escribimos entre todos los de la Alianza de Intelectuales que quedábamos aquí. Decíamos que, con la experiencia que habíamos adquirido esos tres años, seguiríamos luchando desvinculados del nuevo gobierno, intentando crear el órgano de opinión pública más importante en nuestro país. Y lo hemos logrado. No sé qué nos costó más, si el trabajo de aquellos tres años o el trabajo de después. Te aseguro que nada es fácil nunca.

– ¿Te quedaste a vivir en Alhucema?

– No. Me llamaron unos amigos y volví a Madrid para trabajar con ellos. Mi madre y mi hermana se quedaron con Enrique. Con lo que sacaba mi hermano de sus libros, mal que bien, salieron ellas adelante. Luego Amalia se casó, pero no salió del pueblo nunca.

El camarero se acercó. Mientras les retiraba las copas les preguntó si querían algo más. Adrián miró el reloj y dijo que se tenía que ir. Silvia dudó. Mientras salían por la puerta no tuvo valor para decirle que quería verle otro día, que aún se quedaban muchas cosas en el tintero.

– Bueno, Silvia. No sé si volveremos a vernos alguna vez más en la vida.

– Por mí, sí, por supuesto.

– ¿Te han gustado estas historias de la guerra?

– Me han gustado, pero me pregunto qué pasaría ahora si estallase esa misma guerra.

Adrián se empezó a reír.

– Nunca estallaría una guerra así. Nosotros luchamos por conseguir un reparto de bienes materiales y de cultura. Vosotros ya lo tenéis todo hecho, aquí casi todo está ya al alcance de la mano de cualquiera. Lo que genera cualquier lucha es el reparto de bienes y ¿acaso no viven igual o mejor que tú los demás? Aquí ya está todo repartido.

– Sí, sí, pero...

– Mira, lo que queda por conseguir es mucho más difícil, no se toca, no se encuentra en un espacio físico, no se reparte, a veces crees que lo has encontrado, pero es un sueño, te despiertas y desaparece. Es la historia eterna del amor. Cuando era joven como tú creía en el amor, pero es difícil de encontrar. Que tengas suerte. Espero que no provoques ninguna guerra para intentar conseguirlo.

Adrián se rio otra vez, le puso la mano en el hombro y le despidió con un guiño.

– Hasta pronto, Silvia.

Le vio marchar, con sus canas blancas confundidas con los cirros. Lloviznaba suavemente y él marchaba sin paraguas, chocando de vez en cuando un pie contra el otro. Le veía alejarse y no era capaz de moverse. Se iba y le dejaba llena de interrogantes que repicaban como campanas de silencio. Le veía caminar ruinoso, calle abajo, con su torso blanco a contraluz, suspendido en el aire, como un quejido del viento.

Sacó la última carta, la de la despedida de Teresa, y la volvió desde leer el principio.

Mi querido Adrián:

No sabes cuánto me acuerdo de ti esta noche. Te veo una y otra vez en la estación, abriendo y cerrando la manilla de mi paraguas, metiéndote con mi traje de chaqueta y mi maletín. Disimulabas ¿Te acuerdas? Te hubiera gustado gritarme, mostrarme tu enfado por mi marcha, pero tú mismo lo provocaste, siempre igual de generoso, pensando sólo en mí. ¿Qué me podías decir? Tú no te acordarás, pero me dijiste: Pero Teresa, ¿qué buscas? Siempre buscando, como si huyeras, ¿qué es lo que quieres cambiar? No te contesté porque no lo sabía, te juro que no lo sabía, pero ahora, después de tantas horas sin dormir, ahora lo sé. Sueño con volver a Madrid. Volveré y lo buscaré. Buscaré entre las chabolas de la ciudad, con sus charcos rotos y sus ríos de fango, entre los hilos de plata, cemento y asfalto de los barracones viejos. Buscaré en las oficinas, entre cafés y cigarrillos, entre las voces amarillas de la gente de la calle. Disecaré su voz, y adornaré con ellas jarrones de colores. Buscaré, sí, buscaré alguien que tenga lengua de plata como espada afilada, que no hiera pero que esgrima con puño blanco palabras de acero, alguien valiente y sabio que me diga para qué la vida, para qué. Si acaso tú lo sabes, dímelo. No sé, Adrián, no sé si tú lo sabes, no sé si lo que buscaba ya lo había encontrado en ti sin saberlo. Dímelo cuando nos veamos. Espero que sea pronto. Ha pasado mucho tiempo desde aquel día. Gracias por tus cartas, veo que sigues igual que siempre y que a mí me sigues viendo igual. Dos años sin verte, y aún me recuerdas como si fuera ayer. Aunque yo ya no soy la que tú soñabas. Hoy ya no sé quién soy, mañana no seré nada. Mañana me espera el paredón. Aunque no me voy a dejar, no, no me dejaré. Cuando ellos alcen los mentones y se les nuble la vista con el acero, antes de que aprieten el gatillo, huiré. Me aferraré a los ladrillos, intentaré volar, tal vez consiga caer entre los cadáveres antes de que suene mi disparo, tal vez. Pero por si acaso algo falla, por si se me derriten las alas, como siempre me decías, por si me espera otro cielo

distinto del que imagino, gracias, por lo que me has querido, y por haberme ayudado a creer en el amor.

Dobló la carta y miró por última vez la figura achicada de Adrián, como un punto blanco sobre el turbio paisaje de la ciudad a través de la lluvia fina. Le vio marchar entre las siluetas de los edificios de acero, arrastrando sus recuerdos de Alhucema, ese pueblo blanco que tenía una escuela gris que se teñía al atardecer, con el rojo quebrado contra el horizonte, penetrando por los tuétanos del paredón e inundándolo de sangre.

Silvia seguía escuchando el repique de los porqués en el silencio de su interior. No tenía respuestas. Solo veía el atardecer de Alhucema, y sobre la imagen recortada del horizonte, un par de hombres recostados en el campanario, rompiendo la naciente oscuridad de la noche en mil estrellas con la punta de sus rifles. A sus espaldas, la luna sangraba.

Epílogo

Los diarios de la época consultados ofrecen abundantes datos gracias a los cuales se ha podido reconstruir esta historia. La historia es real y ficticia a un tiempo. Son reales todas las anécdotas del frente, de uno y otro bando, las de los hermanos gemelos, la del carnicero y la vida teatral del Madrid de la guerra. He tenido acceso a estas historias gracias a la prensa. Son reales también algunos de los personajes: existió una espía que colaboró con una red desvalijada en el norte de España, y existió una familia, conocidos míos y los culpables de que haya escrito esta historia, que le dieron cobijo, sin conocer su verdadera identidad, por amistad con una tercera persona. Originariamente cubanos, entraron desde Francia a España. Cuando la chica fue apresada, juzgada como culpable y condenada a muerte, la familia no podía creer que se tratase de una espía.

El resto de lo que se recoge aquí es ficción. Son ficticios los lugares, desplazados todos al sur de España. Son inventados los demás personajes, el mismo nombre de Teresa y su personalidad, así como la trama principal.

Creo que una de las mayores satisfacciones que tuve el escribir esta novela me vino como regalada cuando estaba redactando las últimas páginas, pues fue entonces cuando encontré la noticia en la prensa. Se corroboraba así que era cierto lo que me contó esta familia acerca de la espía que alojaron y de la red de espionaje a la que pertenecía:

«Valija despachada por el vicecónsul británico en San Sebastián y de la que era portador el cónsul. Los documentos informaban a los enemigos de la España Nacional de las futuras operaciones militares. También se encontró una importante cantidad de dinero. Se practican minuciosas investigaciones que parecen demostrar la existencia de una red de espionaje que utilizaba para la comunicación con el enemigo, el vehículo en que ha sido sorprendida la documentación mencionada. La representación británica lo quiere poner en claro y facilita la investigación». (*ABC* de Sevilla, Bando Nacional)

«Acusaciones contra diplomáticos extranjeros. Desde la frontera vasco-francesa el vicecónsul británico Goodman se niega a hacer declaraciones. La frontera está herméticamente cerrada y es difícil la obtención de noticias. Se sabe que en la valija había documentos militares

que llevaron a la detención de varias personalidades en San Sebastián, Burgos e Irún. Hay comprometidos varios oficiales. El día 15 el automóvil del diplomático llegaba al puente internacional. Las autoridades facciosas registraron el coche y, en presencia de un notario, abrieron la valija. Por su vigilancia en la frontera y por el servicio de contraespionaje sabían que llevaban documentos importantes relacionados con una ofensiva militar que se preparaba, y con la evasión de capitales. En estos documentos se facilitaban informes al gobierno republicano». (*ABC de Madrid, Bando Republicano*).

Guion Acto de Entrega del *Premio Ramón J. Sender* de Narrativa Breve

Como muchos de los que estáis aquí sois estudiantes, y a más de uno os gusta escribir, he pensado contaros cómo escribí este relato, para que os animéis, porque nunca es tarde. Lo escribí hace más de cuatro años, me había olvidado casi de él, y el año pasado, cayó en mis manos el folleto que anunciaba el concurso cuando aún quedaba un mes para que terminara el plazo. Entonces pensé, «qué bien, me da tiempo a volverlo a leer, y a retocarlo». Y así lo hice. Tenía la intención de descargarlo, y de hecho eliminé un montón de cosas. Se quedó reducido casi a la mitad de lo que era, y lo entregué. Lo que pasó después ya os lo imagináis...

Pero en realidad la historia se remonta aún más atrás porque este relato no lo hubiera podido escribir si no hubiera escrito antes un bodrio de doscientos folios al que pretendía llamar novela. Aquella experiencia me sirvió para saber qué no es una novela y cómo no se escribe una novela. Y además me quedé con una intención muy clara, «tengo que encontrar un argumento». Estaba a la caza del argumento cuando tuve ocasión de conocer a una señora que había vivido en Cuba. Fue gracioso porque ella –no sé qué le habrían contado de mí– pensó que era escritora, y me recibió nerviosa... Lo pasamos muy bien y me contó mil cosas, y entre todas esas cosas hubo una anécdota que me impresionó vivamente. Ella tenía catorce años, vivía en San Sebastián, estaban en plena guerra civil, y sus padres acogieron en su casa, sin saberlo, a una persona que luego resultó estar implicada en una red de espionaje.

Pasó un tiempo y esa anécdota no se me iba de la cabeza. Confieso que me resistía a usarla, porque siempre había dicho que estaba harta de las historias de la guerra civil, como si no hubiese nada más de lo que hablar, pero la llevaba dentro, así que empecé a ir a la Hemeroteca a leer periódicos de la época. Me gustó mucho una edición del ABC de esos años, en la que aparece simultáneamente el ABC de Madrid, que era republicano, editado en letra roja, y el de Sevilla, que era nacional, editado en letra azulada o grisácea. Estuve leyendo durante un mes, y saqué muchas historietas de uno y otro bando. Me empapé además del ánimo y el desánimo, de la forma de hablar, de la forma de ver la vida. Y luego me puse a escribir, y disfruté tanto... Al final volví a la Hemeroteca y encontré casualmente la noticia.

Leer el principio de la novela (como hacen en los carteles del metro).

Agradecimientos:

1. Familia y amigos, apoyo constante para escribir.

2. Alumnos, por quienes me gustaría seguir escribiendo.
3. Facultad, Rector (premio que ayuda y anima), profesores a quienes les debo mucho, especialmente Carmen Burgos, profesora de 2º BUP, «culpable» de que hiciera Filología Hispánica.

Madrid, 20.04.2002



Alhucema, nombre que evoca el olor de la lavanda, fue escenario de la guerra civil. Sus historias, recogidas en una veintena de cartas, permanecen ocultas entre las guardas de unos libros que huelen a lavanda y espliego. Silvia descubre las cartas y, entre las muchas anécdotas sucedidas en aquel pueblo, se encuentra con la oscura historia de una espía.

El relato reconstruye los acontecimientos. La perspectiva de las distintas voces narradoras, el cambio de registros lingüísticos y el uso de la intriga, consiguen que el lector se sienta atrapado por esta historia de historias.